

LA DIVERSIÓN DE MARTINA



misterio
en el
internado

LA DIVERSIÓN DE MARTINA

misterio
en el internado

MARTINA D'ANTIOCHIA

Ilustraciones de Laia López

montena

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleerkids



@megustaleerkids



@megustaleerkids

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |



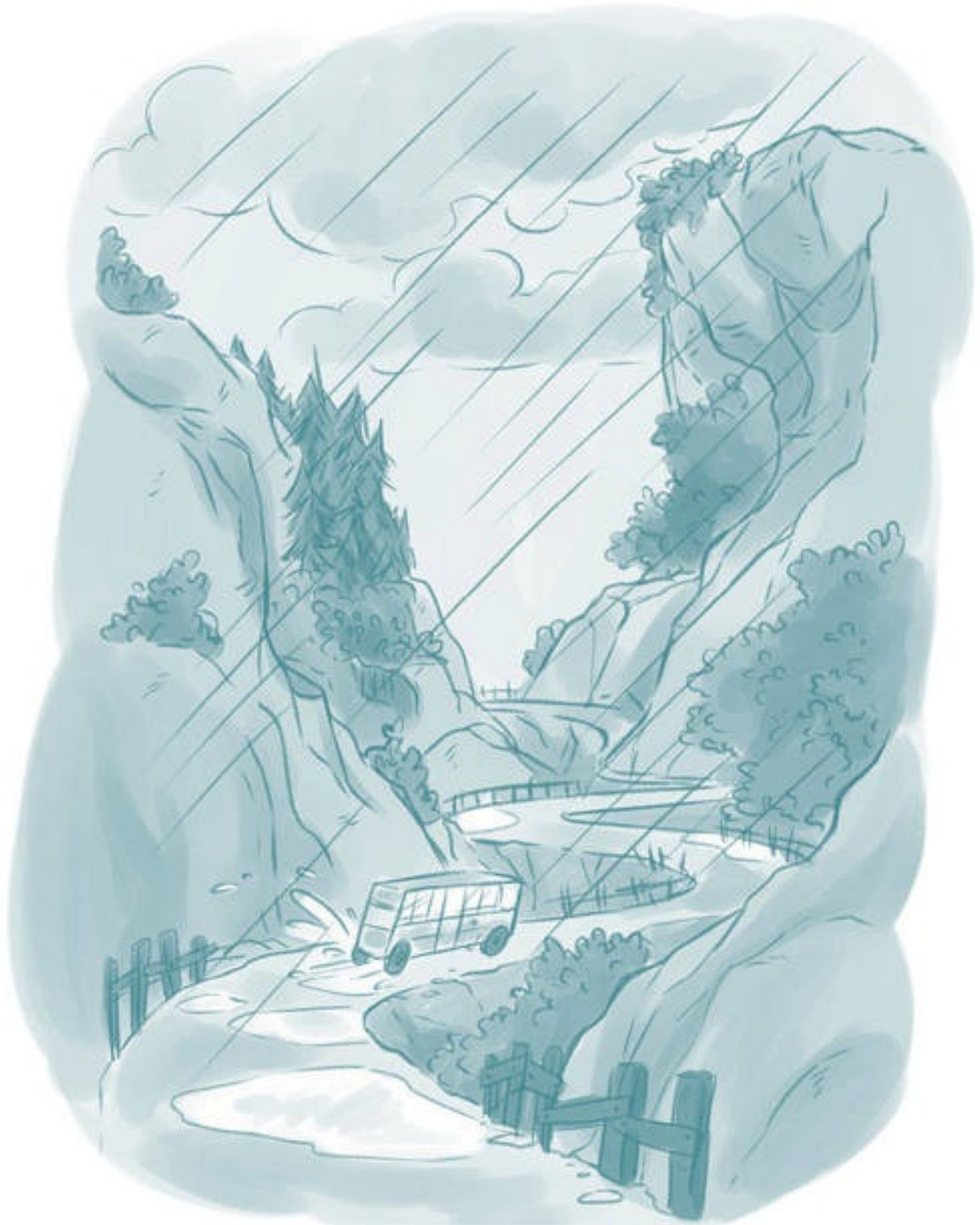




Pues la hemos liado. Pero la hemos liado tanto que no sé si esto podremos arreglarlo. Sí, ya sé. Sé que he dicho lo mismo muchas muchas veces, pero esta es **DE VERDAD. REAL, VERÍDICO, CIERTO. YO NO SÉ SI SALIMOS DE ESTA, ¿EH?**

Hace un buen rato que viajamos en una especie de minibús supersuperviejo. Los asientos huelen raro, el suelo está lleno de migajas, como si alguien hubiera estado comiendo galletas o algo así y nadie hubiera limpiado después. Le hemos pedido al conductor, medio calvo y nada simpático, que pusiera un poco de música o algo y ni siquiera nos ha mirado. La única música que tenemos son los golpes de las ramas de los árboles que hay a los lados de la carretera cuando impactan contra las ventanas del autobús y el sonido de la lluvia.

Porque es que, encima, llueve a cántaros. El paisaje se supone que es bonito, porque estamos atravesando el parque natural de los Reales de Sierra Bermeja, cerca de Estepona, pero no vemos nada más que agua cayendo del cielo. Si lo que nos está pasando es horrible, la lluvia solo lo **EMPEORA.**



¿Que qué ha ocurrido? ¿Por qué mis amigos, Lucía, Sofía, Hugo y Nico, y yo vamos en este minibús destartalado por en medio de unas montañas que parecen

sacadas de un cuento de hadas? Pues no vamos a hacer nada bonito, como senderismo o acampada, no. Ojalá.

Nico: ¡Ay! ¡Me está lloviendo encima! ¡Este trasto tiene goteras!
¡Qué ascooo!

Es verdad, por una grieta en el techo del minibús se colaban gotitas de agua que caían justo sobre su cabeza. **OTRA COSA HORRIBLE PARA AÑADIR A LA LISTA QUE YA TENEMOS.**

Nico se ha levantado, tambaleándose, y se ha cambiado a otro asiento mientras se frotaba el pelo sin parar.

Hugo: ¡Solo es agua, Nico!

Nico: Pero ¡es agua que ha pasado a través del techo de este minibús roñoso! ¡Puajjj!

Yo, y juraría que los demás también, estaba la mar de atenta al espectáculo de Nico tratando de secarse el pelo, porque era lo más interesante que nos había ocurrido desde que nos habíamos montado en el minibús, pero entonces, entre la lluvia que caía a nuestro alrededor, me ha parecido ver algo: las laderas escarpadas de unos montes y, en medio, la silueta oscura y gigantesca de un edificio al final de la carretera.

Yo: ¡Chicos! ¡Creo que ya estamos llegando!

Era muy grande, casi cuadrado, con grandes torreones puntiagudos en sus cuatro esquinas. **¡UN CASTILLO!**

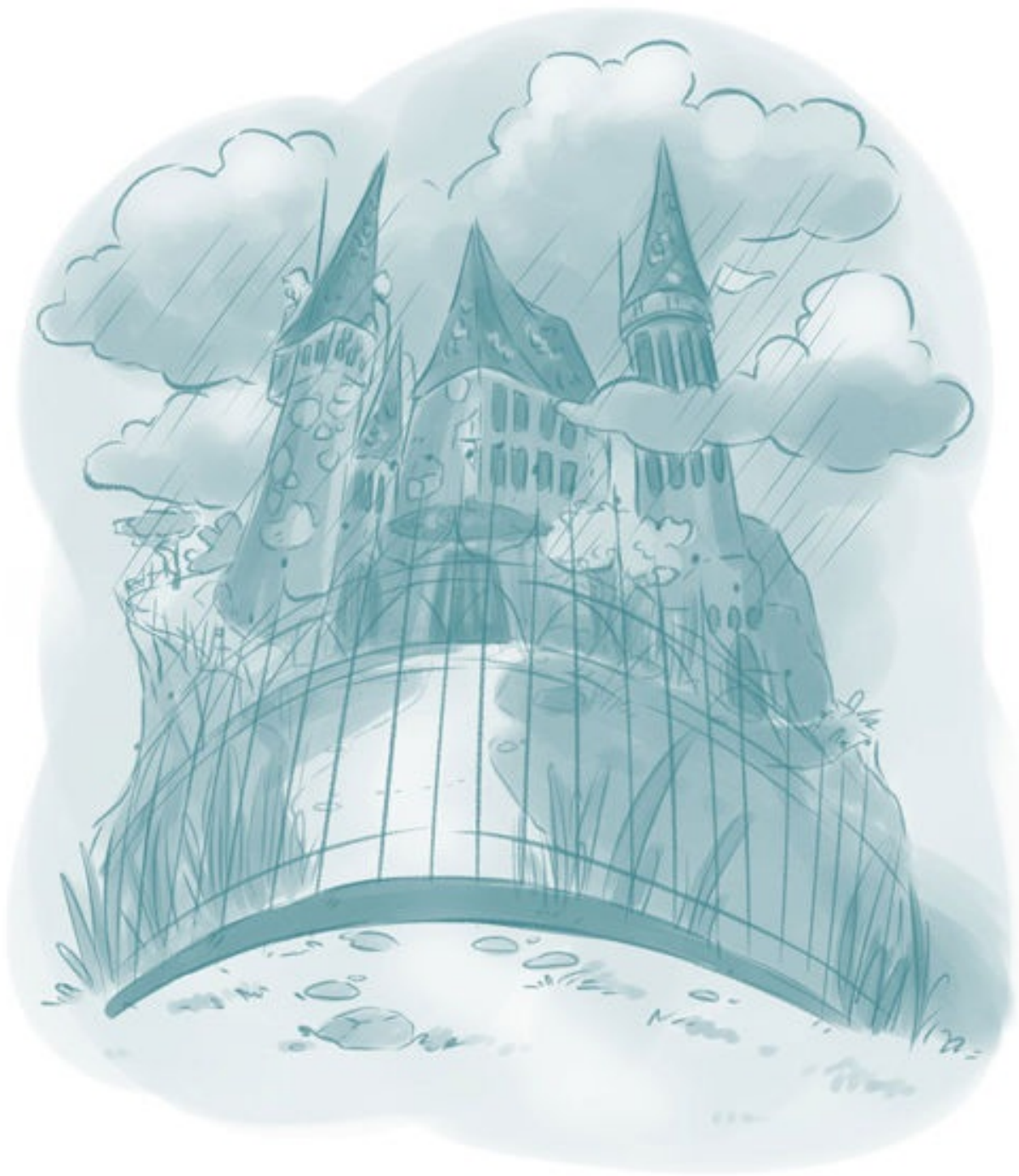
Por si alguien está **TENTADO** de pensar «¡Hala, qué suerte! ¡Martina y los demás se han ido de excursión a un **castillo!**», que no lo haga. Porque ese **castillo** al que nos acercábamos por una carretera estrecha no iba a ser un lugar divertido.


¡¡¡ESE CASTILLO ES UN INTERNADO!!!

¡NUESTROS PADRES NOS HAN MANDADO

A UN INTERNADO!

¡SOCORROOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!





Vale. Mejor explico **POR QUÉ** nos han mandado a un internado, aunque ya aviso de que es **POR UNA RAZÓN ABSOLUTA Y TOTALMENTE INJUSTA**.

Bueno, es un decir. Sí que hicimos algo que, ahora que lo pienso, es **MALO**. Pero no lo hicimos con **MALA INTENCIÓN**, y eso es lo que cuenta, ¿no?

A ver, ocurrió hace un par de semanas. Estábamos en clase, en nuestro colegio de siempre. Era la hora de historia y el profe nos estaba explicando algo aburridííísimos. Tan aburrido que, en realidad, ya ni me acuerdo. Total, que ¿qué teníamos que hacer en esa situación? Pues tratar de entretenernos como podíamos. Yo, como siempre, estaba sentada rodeada de mis amigos y me acordé de un vídeo supergracioso que había visto en YouTube, así que saqué el móvil.

Esa fue la mala idea número uno, porque en el colegio teníamos prohibido usar el teléfono en clase, pero era eso o quedarme dormida, que creo que tampoco es que a los profes les guste mucho que nos durmamos en sus clases. En fin, saqué el teléfono y me lo puse sobre las piernas por si el profesor se daba la vuelta. Y les hice una seña a mis amigos, a Sofía, que estaba a mi derecha, a Hugo, que se sentaba a mi izquierda, y a Nico, que estaba detrás, para que se inclinaran hacia mí a ver el vídeo.



El problema es que a medio vídeo (que ya he dicho que era SUPERGRACIOSO, ¿no?) Nico se echó a reír. El profesor se giró, con cara de mucha sospecha, pero solo un momento, porque luego siguió escribiendo en la pizarra. Y Nico se rio otra vez. Entonces el profesor se volvió hacia nosotros ya con cara de más mosqueado. Me puse MUY NERVIOSA. Por segunda vez, el profesor se giró hacia la pizarra y pensé que era mi oportunidad para guardar el teléfono, porque si me pillaban con él me ganaría un castigo.

Y tenía tantas ganas de esconderlo que, al ir a meterlo dentro de la mochila, que tenía colgada en el respaldo de la silla, EL TELÉFONO ME RESBALÓ DE LAS MANOS Y SALIÓ DISPARADO HACIA ATRÁS.

ENTONCES NICO INTENTÓ PESCARLO AL VUELO.

PERO A NICO TAMBIÉN SE LE ESCURRIÓ.

Y ESE MÓVIL SALTARÍN FUE A PARAR A LAS MANOS DE HUGO, PERO EL PROFESOR SE DIO LA VUELTA POR TERCERA VEZ Y, DEL SUSTO, HUGO LANZÓ EL TELÉFONO AL AIRE; PASÓ POR ENCIMA DE MI CABEZA... YO YA NO SABÍA SI REÍR O LLORAR ANTE ESA SITUACIÓN TAN SURREALISTA: ¿ES QUE NADIE ERA CAPAZ DE ATRAPAR EL DICHOSO MÓVIL? UN DICHOSO MÓVIL QUE REBOTÓ EN LA FRENTE DE SOFÍA Y ENTONCES...

¡CRASSHCLINGCLANGCLUNGBROOOM!

Se estrelló contra la ventana que quedaba justo al lado de mi amiga, que se rompió en mil pedazos.

A Sofía le salió un chichón en medio de la frente, allí donde le había rebotado el teléfono.



Acabamos todos en el despacho del director de la escuela, que nos pegó una bronca de espanto.

Luego, llamaron a nuestros padres. ¡Chivatos!

Ese día, cuando regresé a mi casa, mi padre ya me estaba esperando en la puerta con esa cara... Esa cara que ponen los padres cuando van a regañarte muchísimo. Y me echó UNA BRONCA terrible, por lo menos estuvo una hora gritándome, y encima me castigó toda una semana sin salir, sin móvil, sin ver la televisión... sin nada. ¡Por romper una ventana! ¡Por accidente!

Aunque hubiera preferido el castigo a lo que vino después, la verdad.

Al día siguiente nuestros padres fueron a la escuela para reunirse con el director y con los profesores. Todavía no sabemos qué fue mal; comenzaron a decir que estábamos fuera de control, que necesitábamos aprender un poco de disciplina. ¡DISCIPLINA! Desde luego, nosotros intentamos protestar. Incluso nos ofrecimos a pagar el cristal de la ventana con nuestro dinero (no tenemos ni un euro, por supuesto, pero lo dijimos igualmente a ver si colaba), pero no sirvió de nada.

Después de esa charla con los profesores y el director de la escuela, nuestros

padres tomaron una decisión drástica: mandarnos a un internado por lo que quedaba de curso.

Apenas tuvimos tres días para preparar las maletas y despedirnos de nuestros compañeros de colegio y amigos. Además, como siempre, los padres de Sofía se han empeñado en que Lucía vaya con ella para vigilarla y, aunque ella se ha negado EN REDONDO, al final ha tenido que pringar e ir con nosotros.

Y así nos han metido en ese minibús apestoso rumbo al medio de la nada. ¿A que lo del **castillo** ya no parece tan divertido?



El **castillo** se iba haciendo más y más grande y yo me sentía cada vez más y más pequeña. No sabía qué iba a ocurrir a partir de entonces, si sería todo tan horrible como lo imaginaba.

Nico: Chicos, ¿sabéis que hay un vídeo en YouTube sobre el castillo?

Al escucharlo, todos nos hemos vuelto hacia donde estaba. Nico había encontrado un asiento sin goteras y tenía el móvil en las manos.

Lucía: ¿Y de qué va el vídeo? Se ve todo borroso...

Nico: Es que como estamos en medio de la nada, casi no hay cobertura... pero ¡en el vídeo dice que el castillo está encantado!

Nada más oírle, Lucía ha dejado escapar un chillido.



Lucía: ¡¿Cómo que encantado?!

Sofía: ¡Qué bien, Lucía! ¡Con lo que a ti te gustan los fantasmas!

Eso a Lucía no le ha sentado nada bien, porque le ha sacado la lengua, enfadada.

Lucía: ¡No me gustan! ¡Me dan mucho miedo! Seguro que ese vídeo que miras es de mentira, Nico...

Nico: Pues no sé, sale un tipo que se llama Iker Rodríguez que dice que es un cazador de fantasmas experto...

Nico nos ha enseñado la pantalla del móvil a todos, pero la imagen se veía fatal y se paraba a cada momento. Casi ha sido un alivio no poder verlo bien porque ya estaba bastante triste con la idea de pasar meses alejada de mi casa, así que lo último que necesitaba era que el internado estuviera embrujado.

Un par de minutos después el conductor del minibús ha frenado tan bruscamente que casi nos hemos caído de nuestros asientos.

Conductor horrible del minibús horrible: ¡Vamos, vamos! ¡Ya hemos llegado! ¡Fuera de aquí, mocosos!

Ninguno de nosotros tenía ganas de quedarse en ese minibús asqueroso, pero tampoco queríamos mojarnos y, además, ¡no parecía que hubiera nadie

esperándonos! Aunque, ¿qué opciones teníamos? Yo he sido la primera en levantarme, y mis amigos me han imitado. Mientras nos miraba con cara de malas pulgas, el conductor ha apretado un botón para abrir el maletero del minibús, pero no se ha levantado de su asiento.

Yo: ¿No nos va a ayudar a sacar las maletas?

Ni siquiera me ha respondido. ¡Qué antipático! Es decir, no ha sido NINGUNA SORPRESA, pero me ha parecido antipático igualmente que ni siquiera se bajara del autobús para ayudar con sus maletas pesadísimas a cinco niños superdesvalidos en medio de la lluvia. Hemos tenido que sacarlas nosotros del maletero. Estábamos en una especie de jardín, pero lleno de árboles y de malas hierbas, todavía lejos del castillo. ¡Y qué castillo! Era todo de piedra oscura y tenía cuatro torreones puntiagudos en las esquinas. ¿Y qué podíamos hacer? Pues nada, coger las maletas y tratar de arrastrarlas hacia la puerta.

No era nada fácil. El camino hasta la puerta era de tierra y con la lluvia, como estaba embarrado, las ruedas de nuestras maletas **NO SERVÍAN DE NADA**. Apenas veíamos nada con la que estaba cayendo y a mí comenzaban a faltarme las fuerzas. ¡Mi maleta pesaba muchísimo! Tenía ganas de llorar, tenía ganas de volver a meterme en el minibús y regresar, aunque eso significara ganarme otra bronca de mi padre: no sabía qué podía hacer... De repente, me he tropezado con una piedra y mi maleta, **PLAF**, se ha caído en plancha sobre el camino enfangado.



Y en ese momento sí, en ese momento me habría echado a llorar, pero entonces he escuchado a alguien que se me acercaba por la espalda.

Hugo: Tranquila, Martina, yo te ayudo.

¡Hugo! Hugo se ha agachado, ha recogido mi maleta del suelo y ha comenzado a tirar de ella AUN LLEVANDO LA SUYA. En cuanto ha empezado a andar, ha exclamado entre risas.

Hugo: ¿Qué llevas aquí? ¿Piedras? ¡Si pesa un montón!

Ay, Hugo. Quizá lo único bueno de todo lo que está ocurriendo es que por lo menos estaremos juntos.

Por fin los cinco con nuestras maletas hemos llegado a la puerta del **castillo**, agotados y con barro hasta las cejas. La entrada tenía un porche enorme, con columnas altísimas y negras a ambos lados. En los torreones del

castillo había gárgolas y estatuas de monstruos, y las paredes estaban cubiertas de plantas y hiedra: parecía el lugar ideal para rodar una película de terror.

Un ruido horrible, uno todavía más fuerte que el de la lluvia torrencial, nos ha hecho girarnos. El minibús que nos había llevado hasta el **castillo** estaba arrancando, levantando una ola de barro y piedras, y ha comenzado a alejarse a toda velocidad. Ya no teníamos más opción que quedarnos en el internado.

En ese preciso instante Lucía ha hablado sacudiendo la cabeza:

Lucía: La puerta está cerrada...

Pobre Lucía, ella no va a la misma clase que nosotros, pero ¡sus padres la han mandado con nosotros al internado por no dejar a su hermana Sofía sola!

Sofía: Pues deberíamos llamar, ¿no?

Nico: ¡A ver quién se atreve a hacerlo! ¿Quién es el valiente?

Nos hemos mirado entre nosotros, pero ninguno ha hecho ni el más mínimo movimiento. Yo, desde luego, NO tenía ganas de llamar a la puerta, ¡a saber con qué horror íbamos a encontrarnos! Pero tenía claro que allí, mojados y agotados, no podíamos quedarnos.



He respirado muy muy hondo. Y luego me he apartado el flequillo de la cara, porque lo tenía todo mojado y me tapaba los ojos. Me he dicho: «¡Sé valiente, Martina! ¡No podéis estar peor que ahora!».

Me he acercado, por fin, a la puerta. Estaba a punto de llamar cuando...



¡QUE ALGUIEN
NOS AYUDE!

Vale. Justo cuando iba a llamar, las puertas se han abierto. No es que me asustara ni nada, ni que pensara que la puerta la estaba abriendo un fantasma. No. Qué va. (Bueno, quizá un poco sí, la verdad. ¡Es que vaya con Nico, ponernos ese vídeo en el que se decía que el **castillo** estaba encantado!) Pero por supuesto que no nos ha abierto la puerta un fantasma, sino un señor alto, altísimo, muy delgado y con la nariz aguileña. Al vernos, ha fruncido mucho el ceño y se ha puesto unas gafas redondas sobre esa nariz delgada y curva que tenía en medio de la cara.



Señor: ¡Ah! ¡Los nuevos internos! ¡Llegáis tarde! Yo soy el señor Martín, uno de los profesores. Venid conmigo, el director os está esperando.

No hemos podido ni descansar. Desde la entrada del **castillo**, nos ha guiado por un montón de pasillos de techos altísimos de piedra, hasta la primera planta del **castillo**. El edificio era igual de siniestro por dentro que por fuera. El suelo era de tablas de madera que crujían al pisarlas y las paredes de piedra oscura. Por todas partes había cosas horribles, como cabezas disecadas de animales, cuadros de personas vestidas con ropa de época que parecían seguirnos con la mirada al pasar... Incluso, en una esquina, ¡había una armadura medieval medio oxidada! Caminábamos muy juntos, todavía arrastrando las maletas.



No ayudaba EN NADA que, de vez en cuando, cayera un rayo y una luz siniestra se colara entonces por las ventanas, creando montones de sombras afiladas como garras.

En esas estábamos cuando Hugo ha susurrado muy bajito:

Hugo: Pssst, chicos, mirad.

Con la cabeza ha señalado hacia un pasillo que quedaba a la derecha, un pasillo oscuro, con telarañas colgando del techo. Allí había un grupito de niños que nos estaban mirando con cara de curiosidad. ¡Al menos no estaríamos solos en el **castillo**! No hemos podido acercarnos, porque el señor Martín seguía

caminando, pero me he sentido un poco esperanzada. Quizá, por lo menos, podríamos hacer nuevos amigos...

En el extremo de otro de los pasillos había una habitación en la que, finalmente, hemos entrado. Era un despacho lleno de estanterías y de papeles y había un escritorio de madera oscura tras el que estaba sentado un hombre que parecía joven, pero tenía el pelo canoso. Iba vestido con un traje negro (aparentaba más una estrella de cine que el director de un colegio) y alrededor del cuello llevaba una cadena con una llave colgada. A su lado había una mujer con el pelo rizado que, al vernos entrar, ha puesto mala cara.



¿Es que nadie nos quería allí o qué?

Hombre del pelo canoso: ¡Por fin! ¡Os estábamos esperando! Sois las señoritas Martina, Sofía y Lucía, y los señoritos Hugo y Nico, ¿verdad? Bienvenidos, bienvenidos, yo soy el señor Rodríguez, el director del internado. Ya conocéis al señor Martín, y esta es la señora María Gómez, también es profesora del centro.

El director ha seguido hablando. Ha dicho que estaban muy contentos de que nos hubiéramos apuntado a su internado (quizá no sabía que todo había sido un castigo planeado por nuestros padres) y que esperaba que lo pasáramos bien (yo, sinceramente, creía que eso sería muy difícil). Todo el rato hablaba con una sonrisa en la cara, pero a mí, la verdad, me ha parecido que era bastante falsa.

De todas formas, como al menos el director parecía amable, durante un segundo he creído que nuestra experiencia en el internado no sería TAN TAN TERRIBLE.

Justo hasta el momento en que el director ha extendido la mano hacia nosotros.

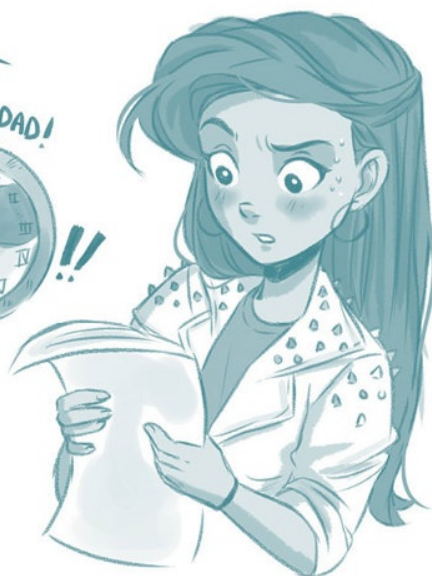
Director: Y ahora, antes de que os vayáis a vuestras habitaciones a deshacer las maletas y acomodaros, tenéis que darme vuestros teléfonos móviles.

A todos nosotros se nos ha quedado una cara de
iiiiiii¿¿¿¿QUÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉ???!!!!!!!

Director: Son normas de la escuela: no están permitidos los teléfonos móviles. Si queréis hablar con vuestras familias por alguna urgencia puedo llamar yo con el mío. También les podéis escribir una carta a la semana.

Sabíamos que protestar no serviría de nada, PERO POR SUPUESTO QUE LO HEMOS HECHO IGUALMENTE. El resultado: al final, el director ya no sonreía y le hemos tenido que dar los móviles de todas formas.

SOCORRO. QUE
ALGUIEN NOS AYUDE



NORMAS DEL CASTILLO DE VALERA

* No están permitidos en el recinto de la escuela ni teléfonos móviles ni otros aparatos electrónicos. Si incumplen, serán castigados.

* Los estudiantes deben cuidarse de limpiar y ordenar sus propias habitaciones. Si incumplen, serán castigados.

** Los estudiantes deben ser puntuales en todo momento, tanto en clase como a las horas de comer. Si incumplen, serán castigados.*

** Nadie puede salir de sus habitaciones después de la hora de cenar. Si incumplen, serán castigados.*

** Queda terminantemente prohibido acercarse al sótano del **castillo**. Si incumplen, serán castigados **SEVERAMENTE**.*

He leído esta lista de normas mil veces ya. Esa era la hoja de papel que nos ha dado el director antes de echarnos de su despacho de malas maneras (¡y de quedarse nuestros teléfonos móviles!). Y cada vez que la leía, me deprimía más.

Y eso era superdifícil, porque **TODO ESTÁ TAN MAL** que parece imposible sentirse peor.

Después de hablar con el director, nos han mandado a nuestras habitaciones. Para llegar hasta allí hemos tenido que cruzar otro montón más de pasillos oscuros, de piedra y con cosas horribles colgadas. (¿He mencionado ya las cabezas de animales disecados? ¿Y los cuadros que parecían mirarnos al pasar? Creo que no podré dormir esta noche, tendré pesadillas fijo.) Finalmente hemos encontrado unas escaleras de caracol también de piedra, tan negra como las paredes del **castillo**. Resulta que las habitaciones de todo el mundo están en una de las torres del **castillo**, la tercera planta para los chicos; la cuarta, para las chicas. Eso significa, claro, que hemos tenido que subir **UN SINFÍN DE ESCALERAS CON LAS MALETAS A CUESTAS**.

Cuando hemos llegado a la cuarta planta, hemos visto un pasillo largo, a lado y lado del cual había un montón de puertas con números. El director nos había dicho que nuestra habitación era la número 5. Lucía, Sofía y yo nos hemos mirado.

Mis amigas han dado un suspiro muy muy largo, y al final hemos abierto la puerta.

Sofía: ¡Pues me lo esperaba peor!

Era una habitación bastante amplia, con tres camas en el centro, un armario grande a un lado y al otro, una mesa larguísima, supongo que para que las tres pudiéramos hacer deberes. Todo estaba bastante lleno de polvo y los muebles se veían superviejos, y eso me hizo pensar automáticamente en mi habitación de casa, tan bonita y nueva, pero bueno... Al menos **HABÍA** camas y también una

ventana muy grande al fondo desde la que, quizá, se viera un paisaje bonito cuando dejara de llover.

Sofía: ¡YO ME PIDO LA CAMA DEL LADO DE LA VENTANA!



Sofía ha corrido hacia ella.

Yo estaba tan cansada que me he encogido de hombros y he dejado mi maleta sobre la cama del medio. Lucía se ha puesto en la que quedaba, la de la punta.

Lucía: Pues supongo que ahora... solo nos queda deshacer el equipaje. Parece que nos pasaremos aquí una buena temporada.

Creo que ella parecía la más triste de las tres, casi a punto de llorar. Pero es que tenía todas las razones para estarlo: ¡ella no había hecho nada! Es un año mayor que nosotras, no tuvo nada que ver con que rompiéramos la ventana de la escuela, pero sus padres la han mandado al internado con nosotros igualmente, ¡pobrecilla!

Yo no quería que se pusiera todavía más triste, así que, respirando hondo, he tratado de fingir que sonreía.

Yo: ¡Bueno! Quizá mañana lo veamos todo un poquito mejor...

¿Quién dice que no vamos a pasarlo bien igualmente? ¡Al menos estamos juntas! ¡Y los chicos también están con nosotras!

No las he visto muy convencidas, para qué negarlo.

Entonces, un ruido espantoso nos ha obligado a taparnos las orejas, parecía como si una campana gigantesca y oxidada se nos hubiera metido dentro de los oídos.

¡RIIIIIIIING! ¡RIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIIING!

Como no sabíamos qué hacer, las chicas y yo hemos salido del cuarto. Y no hemos sido las únicas. En el pasillo, donde antes solo había una sucesión de puertas cerradas, había un grupito de niñas, algunas más pequeñas y otras mayores que nosotras, que acababan de salir de sus habitaciones. ¡Por fin! ¡Más gente! Al vernos, algunas de ellas han comenzado a cuchichear y a darse codazos.

He saludado y me he presentado a gritos para hacerme oír a la niña que teníamos más cerca, pues el ruido de esa campana horrible seguía sonando.

Yo: ¡Hola! Yo soy Martina, y estas son mis amigas Lucía y Sofía. Acabamos de llegar... ¿Qué está pasando? ¿Qué es esa campana?

Yo me esperaba que me saludaran, que me dijeran sus nombres, pero no. Las niñas parecían tan contentas de vernos como lo habían estado los profesores y el director del internado. Al menos, una de ellas, alta y peinada con dos trenzas, ha dicho:

Niña de las trenzas: La campana es para avisar de que ya es hora de cenar.

Tampoco teníamos nada más que hacer, así que, cuando nuestras nuevas compañeras de clase han empezado a andar rumbo al comedor, las hemos seguido.



Por lo menos, la idea de ir a cenar no nos parecía tan mala...

Pues la cena ha sido igual que el resto del **castillo**: horrible. Una rebanada de pan de molde por persona, mantequilla y una loncha de jamón, y de postre, un yogur. Ni siquiera un yogur con sabor a algo, un yogur a secas. La comida la repartían el director y los mismos profesores que habíamos conocido al llegar, y no parecía que estuvieran de mejor humor que por la tarde.



El comedor ha resultado ser una sala gigantesca, con un montón de ventanas a un lado por las que **TODAVÍA** se podía ver la lluvia, que no había parado ni un momento. Habría sido una sala bonita, pero todo estaba muy dejado y en las

paredes se veían manchas, como si durante mucho tiempo hubiera habido cuadros colgados y alguien los hubiera quitado de allí.

¿Lo único bueno? Pues que en el comedor hemos vuelto a encontrarnos con los chicos. Nos hemos sentado los cinco a una mesa grande, sobraban sillas, pero no ha venido nadie a sentarse con nosotros. El resto de los estudiantes del internado, he podido contar como unos cuarenta o así, comían en silencio en las otras mesas.

Hugo: ¿Cómo estáis, chicas?

Ha preguntado Hugo con cara de preocupado. Es que el chico es así de bueno, siempre se interesa por cómo están los demás. En ese momento me he acordado de cómo, cuando llegábamos al **castillo**, me ha ayudado a llevar mi maleta.

Puede que me haya sonrojado, pero solo un poco.

Sofía: Pues... bueno. Las habitaciones al menos no están mal...

Nico, que estaba a su lado, ha hecho una mueca.

Nico: No, las habitaciones no, pero ¡esta cena es una broma de mal gusto! Tengo tanta hambre que me comería una docena de rebanadas más. ¿Creéis que si lo pido me darán más?

Ha dirigido su mirada al director, que seguía repartiendo pan con mantequilla.

Lucía: Pues... No parece muy simpático, ¿eh? Pero pregunta, a ver...

Nico ha asentido. Incluso ha comenzado a levantarse, pero luego ha dado la sensación de que se lo ha repensado.

Nico: No sé si arriesgarme. Chicos, hay una cosa que me lleva rondando por la cabeza hace un rato. ¿No os suena de nada la cara del director?

Todos le hemos dicho que no. Me he vuelto a mirar al director, he tratado de recordar si me sonaba de algo, pero estaba segura de que era la primera vez que lo veía. Como ya estaba mirando a mi alrededor, he comenzado a hacer un repaso a toda la gente de la sala y...

Nico: Martina, ¿vas a comerte tu yogur? ¿Martina?



Ha tenido que darme un empujón en el hombro para que le escuchara, pero es que yo estaba distraída con una de las mesas al fondo del comedor. Allí había una niña con el pelo rizado que llevaba mirándonos un buen rato.

Yo: ¿Eh? ¿Qué?

Nico me ha repetido que si me iba a comer el yogur, y yo le he dicho que no con un gesto.

Yo: No, no. Toma. No tengo hambre. ¡Mmm!

Esa niña del pelo rizado ya había bajado la cabeza. Es que me había parecido que nos miraba como si quisiera hablar con nosotros... He dicho de repente:

Yo: Chicos, ¿sabéis qué?

Mis amigos, que me conocen mucho, han dejado de comer y se han vuelto hacia mí.

Sofía: Ay... seguro que es una de tus ideas locas, ¿verdad?

Verdad.

Yo: Estamos aquí y no podemos hacer nada por evitarlo, así que, ¿por qué no lo aprovechamos al máximo?

Hugo: ¿Y qué crees que tenemos que hacer?

Yo: A ver, qué es lo que se nos da mejor del mundo, ¿eh?

Por primera vez en todo el día, a mis amigos se les ha iluminado la mirada. Ya no parecían tan tristes ni tan asustados.

Sofía: ¡Vivir aventuras!

Yo: ¡EXACTO! No podemos deprimirnos por estar aquí encerrados. ¡Nuestra especialidad es vivir aventuras y eso es lo que vamos a hacer! Como yo siempre digo: ¡no hay que rendirse jamás!



Hemos esperado a que se hiciera de noche. Seguía lloviendo. Lucía, Sofía y yo hemos salido de nuestro cuarto en silencio y hemos bajado las escaleras hacia la planta donde estaban las habitaciones de los chicos.

Al llegar hemos visto una luz. Nos hemos quedado quietas de golpe. ¿Y si eran los profesores? ¿Y si nos habían pillado?

Nico: Chicas, ¿sois vosotras?

¡Uf, qué alivio! Solo eran Hugo y Nico, y la luz que habíamos visto provenía de una linterna que llevaba este en la mano.

Sofía: ¡Una linterna! ¡Tú sí que vas preparado, Nico!

Le ha dicho Sofía mientras nos acercábamos.

Yo: ¿Nico? ¿De qué vas vestido?



Le he preguntado al verlo más de cerca. Es que Nico llevaba un pantalón negro, un jersey también negro Y HASTA UN GORRO DE LANA NEGRO EN LA CABEZA. Se me ha comenzado a escapar la risa, pero al final he podido controlarme (¡Muy bien, Martina!) porque teníamos cosas más importantes que hacer.

Nico: ¿Qué pasa? ¿No vamos a explorar? Pues me he puesto ropa para eso.

Yo: ¡Claro! ¡No a robar un banco!

Exacto. Esa es la idea que les he propuesto a mis amigos durante la cena: explorar el internado.

No, en serio. Estábamos en un **CASTILLO** gigantesco, lleno de rincones misteriosos. En vez de asustarnos, era mucho mejor pensar en las **AVENTURAS** que podíamos vivir. Quizá podríamos encontrar... quién sabe... ¿Tesoros? ¿Pasadizos secretos?

Lucía: ¿Qué haremos si nos pillan? En las normas ponía que no se podía...

Ha comentado Lucía, como **SIEMPRE** la más sensata del grupo.

Hugo, antes de responderle, ha sacudido la cabeza.

Hugo: Bueno, si nos pillan y nos castigan... ¿qué es lo peor que puede ocurrir?

Nico: Pueden mandarnos a un internado peor que este.

Sofía: Peor que este sería difícil, ¿no?

Todos hemos estado de acuerdo en eso. Yo entonces he mirado hacia los pasillos oscuros del **castillo**, al montón de sombras que había en cada esquina. Reconozco que he sentido un poco de miedo, pero, a la vez, estar ante una nueva aventura me daba ganas de gritar de la emoción.

Yo: Pues entonces... ¡¿A QUÉ ESTAMOS ESPERANDO?!



El **castillo** es enorme. Es decir, ya nos había parecido enorme al llegar, pero cuando hemos comenzado a caminar por los pasillos, nos hemos dado cuenta de lo realmente **GRANDE** que es. Y siniestro, eso ya lo sabíamos, aunque como ya llevábamos un día allí, nos habíamos acostumbrado un poco. Bueno, un poco es mucho decir, porque seguíamos caminando muy juntos y a cada chirrido o ruido raro que escuchábamos (y los escuchábamos **CONTINUAMENTE**) dábamos un respingo. Hemos salido de la torre donde están los dormitorios y, como no queríamos correr el riesgo de encontrarnos con ningún profesor, también nos hemos alejado de la primera planta, que es donde está el despacho del director. Así pues, nos hemos dirigido a la planta principal del **castillo**, que estaba completamente vacía.

COSAS QUE HEMOS ENCONTRADO EN EL **castillo**

* Sombras por todas partes. Como solo teníamos la linterna de Nico para iluminarnos, nos movíamos casi a oscuras. La única luz aparte de la de la

linterna procedía de fuera, de unas cuantas farolas que iluminaban los jardines del **castillo**.

* Mucho polvo. En serio. Daba la impresión de que nadie había barrido ni quitado el polvo en MESES.

* Pasillos interminables, con el suelo de madera, que crujía bajo nuestro peso, y las paredes y el techo de piedra.

* Decoraciones horribles.

* Paredes sucias. De eso se ha dado cuenta Lucía, gracias a que de vez en cuando Nico las iluminaba con su linterna. A medida que íbamos avanzando por el **castillo**, cada vez había menos cosas colgadas en ellas. En vez de eso, tenían manchas como las del comedor, como si alguien hubiera quitado cuadros y otras cosas que llevaran mucho tiempo colgadas.



* UN MONTÓN DE CLASES ABANDONADAS.

Esto último ha sido lo que nos ha parecido más raro. Al acercarnos a una de las torres del **castillo** (justo la opuesta a la de los dormitorios) nos hemos dado cuenta de que las puertas de algunas de las habitaciones estaban entreabiertas. Cuando hemos mirado dentro, resulta que eran aulas para dar clases. En todas

había una pizarra grande, sillas y pupitres, pero las pizarras estaban desconchadas, y las sillas y los pupitres amontonados en un rincón y cubiertos de polvo y telarañas.

Yo: ¿Por qué creéis que estas aulas ya no se usan?

He preguntado a mis amigos mientras entrábamos en una de las clases para curiosear un poco.

Hugo: Pues... pues...

Hugo ha parado de hablar de repente, y luego ha soltado un estornudo enorme.

Hugo: ¡ACHÍIS! ¡Ostras, cuánto polvo...! Pues... no sé. Igual antes había más alumnos que ahora y por eso ya no se usan.



Lucía: Pues no me extraña que casi no haya alumnos en este lugar horrible...

Yo: Ya...

He dicho mientras daba una vuelta por el aula. Igual que el resto de los muebles que habíamos visto hasta ese momento en las habitaciones y en el comedor, los de la clase se veían viejísimos, pero me he percatado de que, a pesar del polvo, también estaban bien cuidados.

Yo: No sé. Quizá hace años fue bonit... Chicos, ¿no lo escucháis?



Sofía: ¿Qué es lo que tenemos que...?

Yo le he hecho un gesto a Sofía para que se callara porque, si no, **DEFINITIVAMENTE**, no iban a escuchar ese sonido que me había llamado la atención: la música de un piano sonando en algún lugar no muy lejos de donde estábamos nosotros.

En ese momento habríamos podido hacer dos cosas:

1. Ignorar la música, porque, total, si había alguien tocando **NO QUERÍAMOS QUE NADIE NOS VIERA**.

2. Averiguar de dónde venía esa melodía tan bonita, porque, **TOTAL**, estábamos explorando, ¿no?

¿Y qué hemos hecho? Pues buscar el origen de la música, claro está.

Los cinco hemos salido del aula abandonada con cuidado de no hacer ruido y

hemos comenzado a andar por el pasillo más próximo. Nico iba delante, iluminando el camino con su linterna, y los demás detrás. Y a medida que avanzábamos, la música se escuchaba cada vez mejor. No me sonaba de nada, pero era una canción muy muy triste.

Yo: ¿Quién creéis que estará tocando el piano a estas horas?

Lo he preguntado en susurros, flojito. A cada paso que dábamos, no sé por qué, notaba como un escalofrío en la tripa.

Hugo: No lo sé... ¿Quizá alguno de los profesores?

Sofía: Quizá...

De repente, Lucía ha interrumpido a su hermana y ha tirado de Nico para que dejara de caminar.

Lucía: Chicos, chicos. Me parece que la música viene de esa habitación de ahí enfrente...

Al final del pasillo había una puerta abierta, ¡y la música procedía de ahí! ¡Seguro! Y ahora había dejado de sonar tan triste y transmitía más alegría.

Yo: Apaga la linterna, Nico, que nos van a ver...

Y como Nico me ha hecho caso, el último trozo del pasillo lo hemos recorrido casi a oscuras. ¿Que si tenía miedo? Pues claro que no tenía miedo. Eso lo sabe todo el mundo, a mí no me asusta nada, pero, igualmente, he decidido caminar muy pegada a mis amigos por si ELLOS tenían miedo.

Entonces, han ocurrido dos cosas INCREÍBLES.

Me explico: una increíble porque me ha parecido maravillosa y la otra, porque, sencillamente, no podía ser...

LA PRIMERA, que mientras caminábamos, todos muy juntos, he notado una mano que tocaba la mía. En serio. Una mano GRANDE.

La. Mano. De. Hugo.

¡LA MANO DE HUGO! Ya me había dado la mano (más bien se la había cogido yo un poco por equivocación, ¡ejem!) durante nuestra última gran aventura, cuando fuimos de viaje de fin de curso con la escuela.

En otro momento, que HUGO ME COGIERA DE LA MANO ME HABRÍA DADO TANTA ALEGRÍA Y TANTA VERGÜENZA Y ME HABRÍA HECHO TANTA ILUSIÓN que me habría puesto a dar saltos de alegría, pero no ha sido así, ya que ha ocurrido LA OTRA COSA INCREÍBLE, pero en plan increíble de imposible de creer.

Hemos llegado frente a la habitación de donde provenía la música. La puerta, como todas las del mismo pasillo, estaba entreabierta, y hemos echado un vistazo al interior.

Todo estaba a oscuras salvo un poco de luz que entraba por una ventana. La habitación estaba vacía, a excepción de un piano que había justo en medio.

Estábamos seguros al cien por cien de que la música provenía de ahí. Incluso, a pesar de la oscuridad, hemos visto cómo las teclas del piano se movían. Solo había un PEQUEÑO PROBLEMA, DIMINUTO: Y ES QUE AUNQUE LAS TECLAS SE MOVÍAN, ¡¡¡¡¡NO HABÍA NADIE TOCANDO EL PIANO!!!!!!

Cualquiera hubiera echado a correr en ese preciso instante, ¿verdad? Es decir, EL PIANO ESTABA TOCANDO SOLO.

Pues nosotros nos hemos quedado quietos, como paralizados.



Entonces, la música del piano ha dejado de sonar. De repente, la mano de Hugo se ha agarrado más fuerte a la mía. Ha sido justo entonces cuando hemos escuchado los gritos, gritos horribles, que parecían venir de muy lejos y, a la vez, de muy cerca.

En ESE MOMENTO SÍ, hemos echado a correr.



Hemos pasado una noche horrible. Horrible. Después del **INCIDENTE CON EL PIANO QUE TOCABA SOLO, Y DE LOS GRITOS**, no paramos hasta llegar a nuestras nuevas habitaciones. Ni siquiera nos despedimos de los chicos; Lucía, Sofía y yo nos metimos en nuestras camas y nos tapamos hasta arriba con las colchas.

Yo creo que ninguna se atrevió a hablar de lo que acabábamos de ver, pero las tres pensábamos lo mismo: fantasmas. Es decir, ¿un piano que sonaba sin que nadie lo tocara? ¿Gritos horribles que parecían provenir de las paredes? Pues fantasmas seguro. ¡Los que grabaron el vídeo que estaba viendo Nico por la mañana tenían razón!

En serio, me gustan las aventuras, ¿vale? Pero igual, para la próxima, podríamos tener una bonita, como la de hace unos meses, cuando fuimos a las islas Maldivas y conocimos a Radne, un sireno. Podríamos vivir aventuras con, no sé, unicornios, con hadas simpáticas y maravillosas. Pero fantasmas...

Aún pensando en eso y tiritando no de frío, sino de miedo, me quedé dormida. Y fuera, seguía lloviendo.

Hoy el día ha amanecido gris, gris color nube de tormenta. Además, como las ventanas de nuestra habitación estaban **HORRIBLEMENTE SUCIAS DE POLVO**, apenas entraba luz. Nos ha despertado la misma campana escandalosa de ayer. Esta vez ya sabíamos qué significaba y hemos bajado al comedor a desayunar. Ninguno de los demás alumnos del internado nos ha hecho ningún

caso al entrar en la gran sala, como si no existiéramos. Ni siquiera esa niña que la noche anterior me dio la impresión de que nos miraba nos ha prestado ninguna atención.

Luego he pensado «¡Anda que voy a quedarme sin conocer a la gente!». Así que con paso decidido me he aproximado a la mesa que tenía más cerca. Aunque no tuviera muchas ganas de hacerlo, he puesto una sonrisa bien grande (para esas cosas, las sonrisas ayudan un montón).

Yo: ¡Hola! Yo soy Martina, estas son Lucía y Sofía, somos nuevas. ¿Podemos sentarnos?

El grupito de chicos y chicas de la mesa se han quedado muy quietos, pero no han dicho nada.

Sofía: ¿Eso es un sí o un no?

Silencio otra vez.

Yo: ¿Me habéis escuchado?

He preguntado, por si acaso.

Una chica un poco mayor que nosotras, rubia y con pecas en el puente de la nariz, ha encogido los hombros.

Chica con pecas: Sí, os hemos escuchado. ¿Y?

Lucía: ¿¿¿Cómo que «y»???

Yo: Déjalo, Lucía, da igual...

He tirado de ella para que se apartara de la mesa... total, no quería pelearme con nadie. Justo en ese momento han entrado Hugo y Nico con cara de haber dormido tan mal como nosotras.

Yo: Buenos días, chicos...

Nico: Buenos... ¿Sabéis que para comer solo hay leche con galletas? Ni siquiera leche con cacao. Leche a secas y galletas. Ni tostadas ni cereales...

Casi me desmayo al ver que en las mesas solo había un paquete de galletas, un montón de vasos y un par de botellas de leche. Incluso los profesores, que comían en una mesa un poco apartados del resto, tenían lo mismo para comer...

Hugo: Bueno, con la cena de ayer ya nos podíamos imaginar que el desayuno no sería muy bueno...

Después de decir esto, Hugo me ha mirado y luego, luego... pues me ha sonreído.

Hugo: Buenos días, chicas.

Es decir, ha sonreído en nuestra dirección, pero a mí me ha parecido que me sonreía un poco más. Igual es porque ayer por la noche ME DIO LA MANO.



A mi lado, juraría que Sofía hacía una mueca, muy pequeñita y muy corta. Pero a Sofía ya no le gustaba Hugo, ¿verdad? Ese tema lo había superado...

No me ha dado tiempo a pensar en eso, porque en cuanto Sofía se ha sentado a la mesa, ha dicho:

Sofía: Bueno, a ver, sobre lo que ocurrió ayer...

Lucía, casi al mismo tiempo, la ha interrumpido:

Lucía: Nooo... yo no quiero pensar en lo que ocurrió ayer, en serio. ¿Por qué no nos olvidamos y ya está?

Yo: A ver, a mí tampoco me hace mucha gracia, pero está claro que aquí en este internado ocurre algo raro. Apenas hay comida, está todo sucio, la gente no nos habla... ¿No creéis que, si hay un fantasma, tendría algo que ver? Quizá deberíamos investigarlo más, ¡quizá así conseguiremos que el internado sea un lugar mejor para nosotros!

Hugo: ¡Exacto! Tienes toda la razón, Martina. Tiene que estar relacionado de algún modo, si pudiéramos...

Lucía se ha tapado las orejas con ambas manos, como si no quisiera escucharnos. Hemos tratado de convencerla, pero no ha habido manera de que entrara en razón.

Todavía estábamos así cuando, de repente, el timbre ha comenzado a sonar. Los cinco nos hemos mirado. Ese ruido indicaba que estábamos a punto de comenzar nuestro primer día de clase.



COSAS QUE NO HEMOS HECHO EL PRIMER DÍA DE CLASE EN EL INTERNADO

* Clase.

COSAS QUE SÍ HEMOS HECHO EL PRIMER DÍA DE CLASE

* Limpieza.

Parece una broma, pero no lo es. En cuanto ha sonado el timbre, el director y los dos profesores, la señora Gómez y el señor Martín, se han puesto de pie y han empezado a GRITAR que nos dividiéramos en tres grupos, rápido, rápido, que no perdiéramos el tiempo.

A mí me quedaba todavía un poco de esperanza de que eso de dividirnos en grupos fuera porque nos llevaban a alguna excursión, a alguna actividad interesante que hiciera que el internado no fuera tan terrible, pero entonces el señor Martín nos ha llevado fuera del comedor, a un cuartito lleno de cubos, escobas, fregonas y trapos.

Señor Martín: ¡Vamos, holgazanes, a limpiar! Que quede todo como una patena, que se vean bien las piedras. Y si encontráis algo fuera de lo normal, debéis avisarnos inmediatamente.

Al principio nos ha parecido una broma, una de muy mal gusto, por cierto, pero no: lo decía en serio. Cada uno hemos cogido una escoba, una fregona, un cubo y unos cuantos trapos y hemos estado **TODO EL DÍA** limpiando los suelos de madera, los pasillos de piedra y las aulas vacías. Que, a ver, ya que el internado estaba hecho un desastre un poco de limpieza no le iba nada mal pero **ESO NO SIGNIFICA QUE TUVIÉRAMOS QUE HACERLO NOSOTROS.**



Ha. Sido. Horrible.

Creo que ha sido el día más largo de mi vida. Solo hemos parado para almorzar (col hervida y salchichas —no es broma: col hervida—, pero tenía tanta hambre que me lo he acabado todo) y para cenar (pan con mantequilla y jamón). Después de la cena, nos han enviado a nuestras habitaciones. Estábamos **TAN CANSADOS** que nos hemos acostado enseguida. No teníamos ganas de hablar, ni de explorar ni de vivir más aventuras. Ni siquiera hemos hablado de mi plan para la mañana siguiente: descubrir si realmente había fantasmas en el internado y si ellos eran los responsables de todo lo malo que estaba ocurriendo.



Si el primer día de clase en el internado ha sido terrible, el resto de la semana... Pues igual. O peor.

Los tres primeros días estuvimos limpiando sin parar. Luego, al cuarto día, cambiamos. La señora Gómez nos llevó al jardín... y casi casi habríamos preferido quedarnos dentro del **castillo** limpiando, porque en el jardín nos hicieron **QUITAR LAS MALAS HIERBAS**. Solo teníamos unas palas pequeñas y aquel lugar era **ENORME, GIGANTESCO**. No se parecía en nada al jardín de mi casa en Marbella, que siempre está cuidado y donde hay césped y flores. Aquello parecía una selva, con plantas a veces más altas que nosotros mismos. Durante tres días más hemos estado arrancando plantas y más plantas de ese jardín descomunal, sin parar. Acabábamos incluso más cansados que cuando limpiábamos el **castillo**.



¿Y cómo ha quedado eso de explorar y descubrir qué pasaba con los fantasmas y el **Castillo**? Pues en nada. Seguro que más de uno no lo entiende y se pregunta: «Pero ¿cómo puede ser? ¿Cómo puede ser que tú, Martina, que nunca te rindes, que siempre quieres salir adelante te hayas rendido?».

Es muy difícil vivir aventuras cuando lo único que quieres es echarte a dormir.



Hoy ha sido un día distinto.

Hoy hemos descubierto una cosa. Bueno, en realidad, una y media.

Es viernes, y nos hemos levantado como cada día y, como cada día también hemos desayunado leche con galletas. Los profesores nos han dividido en tres grupos, pero ni hemos ido al jardín, ni nos ha tocado limpiar. El director nos ha dicho, a nosotros cinco y a una docena de estudiantes más de nuestro grupo, que lo siguiéramos. Hemos comenzado a atravesar pasillos y salones del **castillo** en silencio.

Al caer en la cuenta de hacia dónde íbamos, he empezado a sentir un escalofrío y un tembleque en las piernas.

Mientras caminábamos todos muy juntos he llamado entre susurros a mis compañeros, que se han aproximado todavía más a mí:

Yo: Chicos, es aquí, ¿verdad? Estamos cerca de donde vimos el fantasma.

Sofía: No vimos el fantasma. Vimos un piano que sonaba solo.

Hugo: Es lo mismo. Solo podría tocar un fantasma...

Como siempre ha ocurrido las pocas veces que sacábamos el tema, Lucía se

ha tapado las orejas.

Nico: Y los gritos... no os olvidéis de esos gritos horribles...

Yo: ¡Chiss!

Les he hecho callar con un gesto porque el director se ha detenido y se nos ha quedado mirando. Luego ha sacudido la cabeza y, como si estuviera pensando en otra cosa, se ha dado un par de golpecitos en la llave que llevaba colgada del cuello.

Director: Estas habitaciones están llenas de cajas y de trastos viejos. Quiero que vayáis sacándolo todo al pasillo hasta que queden vacías. Pero solo las habitaciones del pasillo, ¿queda claro? Ni se os ocurra ir más adelante. Con estas tenéis trabajo de sobra para todo el día. Y avisadme si encontráis algo fuera de lugar.

Eso nos lo decían siempre, que avisáramos si encontrábamos algo fuera de lugar, pero nunca nos especificaban *qué*. Esta vez ni le hemos preguntado. Después de dar la orden el director se ha metido en una de las aulas abandonadas, se ha sentado en una silla y ha comenzado a jugar con su teléfono móvil. Me ha dado mucha rabia y mucha envidia: nosotros llevábamos una semana entera sin móviles, sin poder contactar con nadie, y él ahí jugando, tan tranquilo...

Yo: Esto es inaguantable...

Tenía unas ganas locas de ponerme a gritar, pero entonces Lucía se me ha acercado y me ha puesto un brazo alrededor de los hombros.

Lucía: Vamos a arreglarlo todo, Martina. No te pongas triste... solo tenemos que pensar bien cómo. Encontraremos la solución...

Hemos comenzado a sacar cajas y cajas de cartón de las habitaciones. Y no eran ligeritas precisamente. No tenía ni idea de qué había dentro, pero por el ruido que hacían al moverlas parecían contener libros y cosas así.

También había que llevar fuera sillas y pupitres, y cada vez que lo hacíamos levantábamos nubes de polvo inmensas que nos hacían estornudar.

Yo: ¿Por qué creéis que nos obligan a hacer todas esas cosas?

Les he preguntado a mis amigos aprovechando que ya habíamos acabado de vaciar el aula donde estaba el director y nos habíamos ido hacia otra.

Nico se ha encogido de hombros.

Nico: Pues ni idea... Nos hacen quitar plantas del jardín, limpiar los pasillos, vaciar las habitaciones... y nos piden que les avisemos si vemos algo raro...

Hugo ha meneado la cabeza.

Hugo: Casi es como si estuvieran buscando algo escondido...

¡Lo que decía Hugo tenía mucho sentido! Me he quedado con la boca abierta mirando a mis amigos y, de repente, me he sentido mejor, me he sentido emocionada, con ganas de hacer cosas, de explorar... Era algo que no me pasaba desde hacía muchos días.

Yo: ¿Creéis que podría estar relacionado con lo del fantasma?

Lucía, claro, ha puesto mala cara.

Lucía: Dejad de decir que hay un fantasma, por favor...

Yo: Chicos... hemos estado una semana trabajando sin parar, demasiado cansados para hacer nada más, pero creo que, aunque nos cueste, deberíamos intentar investigar qué está ocurriendo aquí.

He dicho, y con cada palabra que pronunciaba, me sentía más y más valiente, con una energía que casi había olvidado que tenía. Sofía ha preguntado estirando los brazos como si estuviera desperezándose:

Sofía: ¿Y qué propones? Quizá ya es hora de que hagamos algo...

Yo me he quedado un momento callada, pensando.

Yo: Pues quizá lo primero que podríamos hacer es ver qué hay al final del pasillo, si el director no quería que fuéramos allí...

Decía antes que hemos descubierto una cosa y media, ¿no? Pues lo que hemos descubierto en el pasillo ha sido la media: una puerta enorme de madera con remaches de metal en los bordes. Los cinco nos hemos quedado boquiabiertos mirándola. ¿Adónde conduciría? ¿Por qué el director nos había prohibido que nos acercáramos?



He dado un paso hacia delante. Estaba ya aproximando la mano a la puerta, cuando de repente hemos escuchado una voz:

Voz desconocida: ¡Pssst! ¡No lo hagas! ¡Está prohibido!

No solo yo, sino también Lucía, Sofía, Hugo y Nico se han dado la vuelta al escuchar esa voz. ¡Qué susto! Pero ha resultado ser... esa niña, la que el primer día del internado se nos quedó mirando mientras cenábamos. Esa morena con el pelo rizado estaba medio escondida entre las sombras del pasillo.

Yo: Hola, yo soy Martina. ¿Tú cómo te llamas?

Hugo entonces también se ha acercado a ella. Igual ha sido solo cosa de las sombras y de las telarañas, que me han jugado una mala pasada (¡o de mi imaginación!; tengo mucha imaginación, ¿vale?), pero me ha parecido que Hugo se quedaba mirando a la chica con mucho... con mucho interés. Que Hugo puede mirar a quien quiera como él quiera, ¿eh?, pero...

Hugo: ¡Hola! ¡Yo soy Hugo!

La niña se ha dado la vuelta, como si hubiera escuchado un ruido y nos ha advertido:

Niña: Esta puerta lleva hacia el sótano, y está prohibido ir al sótano... os vais a meter en un lío...

Antes de que pudiera seguir hablando, Nico ha dado un paso hacia ella.

Nico: Si está tan prohibido, ¿qué haces tú aquí?

Niña: Es que he visto que os escapabais y no quiero que vosotros os metáis en líos...

Hugo: ¿Cómo te llamas?

La chica del pelo rizado (¿por qué Hugo le ha preguntado que cómo se llamaba?, ¿por qué se lo ha preguntado así como con mucho interés?) ha abierto la boca, pero se ha detenido de golpe. Supongo que se ha parado porque, justo en ese momento, se ha escuchado un ruido que procedía de la parte del pasillo donde estaban los demás moviendo cajas. La niña ha clavado la mirada en cada uno de nosotros, como preocupada y, a continuación, se ha marchado corriendo.

Y nosotros, después de unos segundos en que nos hemos mirado superextrañados, hemos hecho lo mismo.

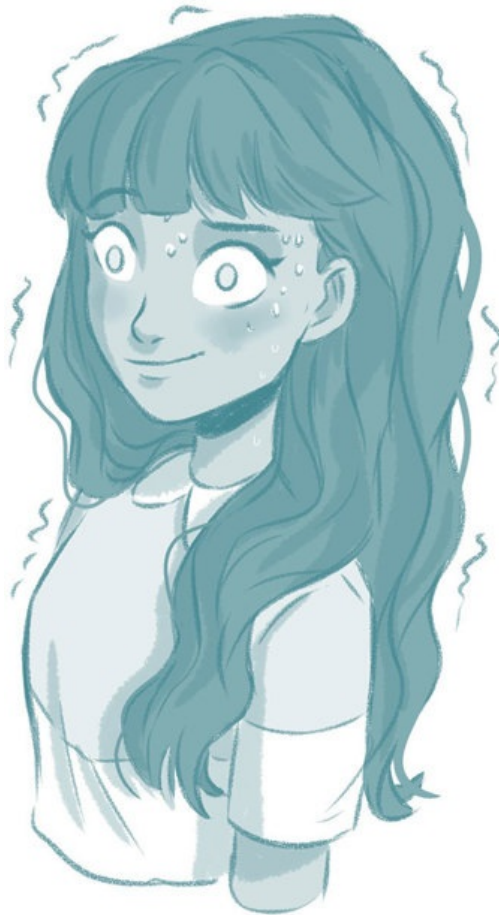
Hemos regresado a la zona de las aulas que teníamos que vaciar. Justo a tiempo, porque ya escuchábamos los pasos del director; igual se había cansado de jugar con el teléfono móvil... Por el sonido de sus pasos, dedujimos que estaba a punto de salir al pasillo. ¡Necesitábamos disimular como fuera! De repente he escuchado un crujido como el que hace la madera vieja, y me he dado

cuenta de que estábamos al lado de una puerta medio abierta. Entonces solo he visto una solución posible...

Yo: Vamos a meternos en esta, ¿de acuerdo?

¿Y a que no adivináis qué? Pues que la habitación en la que hemos entrado ERA LA HABITACIÓN DEL PIANO FANTASMA.

¿Lo bueno? Pues que por lo menos la habitación estaba en completo silencio, así que, aunque al entrar nos hemos dado un buen susto (especialmente Lucía, que se ha quedado BLANCA PERO BLANCA COMO UNA SÁBANA), enseguida nos hemos convencido de que no había nada que temer, al menos de ningún fantasma. Otro tema era el director. Hemos escuchado sus pasos acercándose, así que rápidamente nos hemos puesto a coger cajas. Por suerte, cuando el director ha entrado en la habitación, nos ha visto a todos superatareados moviendo trastos, como nos había ordenado, y se ha marchado al momento.



Entonces hemos descubierto LA OTRA COSA.

Ha sido un poco raro, sinceramente. Me moría de ganas de regresar al sótano a explorar, pero como me daba miedo que el director nos pillara, me he puesto de verdad a sacar trastos al pasillo. Al cabo de un rato ya estaba agotadísima, pero en vez de descansar unos minutos, me he fijado en un montón de cajas que había en un rincón.

Y, de repente, una de las cajas **SE HA CAÍDO SOLA**.

PARA VARIAR, primero me he pegado un susto, pero luego me he dicho: «Martina, este lugar es viejo y cochambroso, **SEGURO** que eso de que se caigan cajas viejas sin razón aparente es de lo **MÁS NORMAL**».

He mirado a mi alrededor. Mis amigos seguían trabajando, no se habían dado cuenta de nada.

Por un instante, he vuelto a preguntarme si realmente la caja se había caído por casualidad...

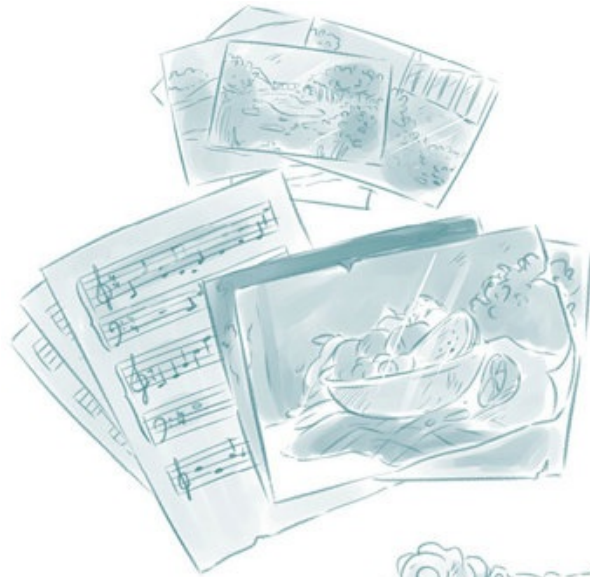
Me he acercado un poco. Al caer, parte de lo que había dentro de la caja ha quedado desparramado por el suelo.

Yo: Chicos... Chicos, venid, creo que he descubierto una cosa.

¡Qué emoción!



EL CONTENIDO DE LA CAJA QUE SE HA CAÍDO
(MISTERIOSAMENTE)



* **Fotografías.** Algunas estaban tomadas en un jardín precioso; otras, en una gran sala con las paredes llenas de cuadros en las que un grupo de niños risueños estaban dibujando. Incluso había fotografías de lo que parecía un concierto de música, con niños tocando el violín, la guitarra, el saxofón... Al principio no hemos caído, pero ¡las fotografías eran del internado! Aunque en ellas todo estaba reluciente y bonito, nada que ver con los pasillos oscuros y las habitaciones sucias que teníamos nosotros.

* **Un montón de dibujos.** Todos eran superbonitos, parecían dibujos hechos por niños también, como si fueran ejercicios para clases de arte.

* **Partituras de música.** Eran partituras para piano y tenían pinta de ser bastante viejas.

* **Un cuadro enmarcado con una fotografía más vieja que todas las demás.** En ella aparecía... pues la sala en la que estábamos, pero sin trastos ni polvo. Y el piano, el mismo que todavía se hallaba allí, en el centro. Y tocando el piano... un niño. Un niño de más o menos nuestra edad, rubio y delgado, con cara de estar muy concentrado.

* **Una hoja de papel impresa**, doblada por la mitad. Al abrirla, nos hemos dado cuenta de que era una especie de folleto.

CASTILLO DE VALERA, UN LUGAR PARA LAS ARTES

El castillo de Valera es una prestigiosa escuela secundaria centrada, sobre todo, en el estudio de las artes. Música, escultura, danza, literatura... nuestro equipo de profesores altamente cualificados guían a los alumnos más brillantes del país para que puedan alcanzar todo su potencial.

*Está situado en una extensa finca rodeada de jardines, un lugar ideal para el entretenimiento y salud de los estudiantes, que podrán disfrutar de actividades al aire libre los meses de calor. En el interior del **Castillo**, además de aulas totalmente equipadas, la escuela dispone de salas de arte, salas de estudio para música y auditorio propio.*

*La historia del internado, toda una institución en la región, se remonta a hace más de un siglo. El **Castillo** se construyó como residencia de verano para los condes de Valera. En 1915 fue transformado en una escuela dedicada a las artes por el conde y la condesa después de que su único hijo, gran virtuoso del piano, perdiera la vida trágicamente. Desde entonces, la gran fortuna de la familia se ha empleado para mantener la escuela y a sus estudiantes.*

Hemos tenido que leer varias veces el folleto porque no nos lo podíamos creer. ¿De veras estaban hablando del mismo internado cochambroso y triste? ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había cambiado tanto?

Hugo: Chicos, ¿os habéis fijado en que los profesores que salen en las fotografías no son los mismos que tenemos ahora?

Hugo ha señalado las fotos con el dedo. Tenía razón: no solo había muchos más, sino... bueno, parecían simpáticos y todo.

Nico entonces ha sacudido la cabeza.

Nico: Uy... Yo sigo pensando que el director me suena muchísimo, pero no sé de qué...

Sofía, sujetando el cuadro con la fotografía antigua enmarcada, ha dicho acto

seguido:

Sofía: ¿Y qué me decís de esto? ¿Quién creéis que podría ser? ¿Y por qué está enmarcada?

Teníamos muchísimas preguntas sobre el contenido de la caja y sobre lo que había ocurrido en el internado, así que me he quedado mirando la fotografía, que era en blanco y negro. Luego me he fijado en el piano, mucho más nuevo en la foto, y en el chico que lo estaba tocando. El piano.

¡Claro!

Yo: Me apuesto a que se trata del hijo de los condes, el que murió... ¿No pone ahí que tocaba el piano?

He preguntado señalando el folleto.

Lucía: ¡Pues, Martina, me parece que tienes razón! Y creo que has hecho un gran descubrimiento, pero...

Sofía: Pero ¿qué relación tiene todo con lo que está ocurriendo aquí? ¿Es eso lo que querías decir?

Los cinco hemos dejado escapar un suspiro de lo más largo, porque Sofía tenía razón: saber el origen del internado y que hasta hacía poco había sido un lugar **BONITO Y DIVERTIDO** no nos ayudaba absolutamente en nada.

Acercándome al resto de las cajas amontonadas en la sala del piano, he comentado:

Yo: Bueno... quizá en alguna de estas...

Antes de que acabara la frase, ha sonado la campana, esa misma campana estridente de siempre, aunque por una vez anunciaba una cosa buena: ¡se había acabado el trabajo por hoy! Por un momento se nos han olvidado las cajas, las fotografías, todo... Hemos salido al pasillo, igual que los demás chicos que estaban en nuestro grupo.

Allí estaba la chica, la del pelo rizado, pero aunque Hugo la ha saludado con la mano, ¡ella ha hecho como que no nos conocía! En fin... yo ya estaba

pensando que podríamos ir a cenar (pan con mantequilla, SEGURO) y a descansar, pero allí estaba el director esperándonos.

Director: Bueno, bueno, parece que habéis hecho un buen trabajo. ¿Alguno de vosotros ha encontrado algo? ¿Una baldosa suelta? ¿Una trampilla quizá?

Todos le hemos dicho que no y el director ha hecho una mueca de decepción. Pero ¿para qué querían que buscáramos trampillas y baldosas sueltas? ¿Quizá era por eso por lo que nos hacían limpiar y mover trastos?

Entonces, un chico que parecía un par de años mayor que nosotros (ni idea de cómo se llamaba: ¡en una semana la única persona que había hablado con nosotros había sido la chica del pelo rizado que nos había advertido que no bajáramos al sótano!) se ha acercado al director.

Chico cuyo nombre no sabemos: Director, es viernes. ¿Hoy tenemos permiso?

Después de pensarlo un segundo, el director ha respondido:

Director: Tienes razón, es viernes... Claro, claro que tenéis permiso, faltaría más.

Todos los chicos, de repente, se han puesto muy contentos. El director, al ver que nosotros cinco teníamos cara de no enterarnos, se ha dado la vuelta hacia nosotros.

Director: Los viernes podéis escribir una carta a vuestras familias durante la hora de la cena. Nosotros nos encargaremos de mandarla el lunes.

¡UNA CARTA! Vale, no he escrito una carta en mi vida. ¿Para qué, si hay móviles? Pero, claro, el director nos había confiscado los móviles al llegar al internado, así que: ¡UNA CARTA ERA UNA NOTICIA MARAVILLOSA! ¡PODÍA CONTACTAR CON MIS PADRES, CONTARLES LO HORRIBLE QUE ERA EL INTERNADO! ¡SEGURO QUE MI PADRE ME PERDONARÍA! ¡SEGURO QUE

EN CUANTO SE ENTERARA VENDRÍA CORRIENDO A BUSCARME!

El director nos ha mandado al comedor a cenar y a escribir las cartas; creo que no había corrido tan rápido en mi vida.





Queridos papá, mamá y hermanos (y Lili, no me olvido de Lili, hermano peludo. ¡Te echo mucho de menos! A los demás también, claro, ¿eh?):

¿Cómo estáis? Espero que bien. Espero que... ¡MUCHO MEJOR QUE YO! ¡ESTE LUGAR ES UNA PESADILLA! ¡EN VEZ DE CLASE NOS HACEN TRABAJAR LIMPIANDO Y TRASLADANDO COSAS! Tenéis que venir cuanto antes y sacarnos de aquí, por favor...

Sé que os pensaréis que me lo estoy inventando porque no me gusta el internado o que es una broma, pero no. ¡Lo prometo! Preguntádselo a los padres de mis amigos, ellos también van a mandar una carta diciendo lo mismo...

Martina ♥♥♥

Pues ya está. Al terminar nuestras cartas mis amigos y yo nos hemos acercado a la mesa donde estaban el director, el señor Martín y la señora Gómez.

Como iba delante y estaba tan emocionada, he sido la primera en darles mi carta.



Yo: La van a enviar el lunes, ¿verdad?

He preguntado calculando cuántos días tardaría en llegar y, por lo tanto, cuántos días más tendría que quedarme en este lugar de peli de terror.

La señora Gómez ha cogido mi carta y lo ha hecho con una sonrisa en los labios. En ese preciso instante he sabido que las cosas se estaban torciendo. A continuación, ha dicho con una voz de pena TAN FALSA que me ha dado escalofríos:

Señora Gómez: Ay, ay... Has cerrado el sobre con la carta... no, niña, no. Las cartas tenéis que dejarlas abiertas para que las podamos leer, para asegurarnos de que está todo bien. Luego nosotros cerramos los sobres y las mandamos.

No me lo podía creer. ¡No me lo podía creer! La señora Gómez me ha

sonreído otra vez, pero era una sonrisa SUPERCRUEL. Se lo estaba pasando bien. No solo ella, el director y el señor Martín también.

Yo: ¡ESO ES INJUSTO! ¡ESTAS CARTAS SON PRIVADAS!

Se me ha escapado el grito, lo juro, pero estaba tan tan enfadada...

Pero he gritado y, de repente, el resto de los alumnos del internado me estaban mirando. Era la primera vez que lo hacían en UNA SEMANA, y me miraban como si pensarán lo mismo que yo.

¿Que si ha servido para algo que gritara? Pues la verdad, no.

En realidad, la señora Gómez ha abierto mi carta igualmente. La ha leído. Ha puesto cara de muy enfadada mientras se la enseñaba al director y al señor Martín, y luego les ha quitado las cartas a Sofía, Nico, Lucía y Hugo.



Por supuesto, estas tampoco les han gustado nada al director y a los profes, porque debían decir más o menos lo mismo que la mía.

Después, la señora Gómez ha puesto las cartas todas juntas.

Y. ENTONCES. LAS. HA. ROTO. Lo ha hecho mientras nos chillaba, nos llamaba mentirosos, gamberros, metomentodo. El señor Martín también se ha puesto a insultarnos mientras el director nos miraba con el ceño fruncido y tocaba con la punta de los dedos la dichosa llave que llevaba colgada del cuello.

Nos han mandado a nuestras habitaciones. Nos han castigado sin cenar. No

hemos podido ni protestar. Tengo ganas de llorar cuando lo pienso.



TENEMOS QUE SALIR DE ESTE LUGAR COMO SEA

No nos hemos ido a nuestras habitaciones. Bueno, sí pero no. Nos hemos ido todos a UNA habitación, a la nuestra, a la de las chicas.

Estábamos sentados los cinco en el suelo, en círculo.

Yo: No podemos aguantar más, chicos.

Seguía triste y muy enfadada por lo de las cartas. Muchísimo. Era tan injusto. **TODA LA SEMANA** había sido horrorosa, pero que rompieran mi carta... eso ha sido demasiado.

Lucía, siempre tan sensata, me ha puesto una mano en el hombro y ha dicho:

Lucía: Vamos a pensar una forma de solucionar todo esto, ¿verdad, chicos?

Como los demás no le han contestado a la primera, ella ha insistido:

Lucía: ¿VERDAD?

Entonces sí, todo el mundo parecía más convencido.

Hemos comenzado a proponer ideas. El objetivo estaba claro: nos hemos olvidado de las cosas misteriosas que ocurrían en el internado, de ese piano que sonaba solo, de los gritos a través de las paredes... Lo único que queríamos era contactar con nuestros padres para poder regresar a casa cuanto antes. Nico ha propuesto que nos escapáramos de allí, Sofía que escribiéramos más cartas e intentáramos mezclarlas con las de los demás compañeros para que los profesores las enviaran igual, pero yo sabía que había otra manera.

Yo: Nuestros teléfonos.

Los demás se han quedado muy callados.

Hugo: Pero están en el despacho del director...

Yo: Precisamente. Así será más fácil, ya sabemos DÓNDE ESTÁN.

Hugo, muy pensativo, se ha inclinado hacia mí. No negaré que me ha dado un ligero vuelco el corazón.

Hugo: ¿Crees que podría funcionar? ¿No estará el despacho cerrado con llave por la noche?

TOC, TOC

¡LA PUERTA! Alguien ha llamado a la puerta de la habitación y nos ha pegado un susto tan grande que yo he dado un respingo y, claro, como estaba Hugo tan cerca de mí, ¡ME HE CHOCADO CON ÉL! Qué vergüenza...

Sofía: ¿Quién es?

Ha preguntado Sofía, levantándose. Yo iba a decirle que no abriera, que podría ser cualquiera, pero no me ha dado tiempo. Sofía a veces es así de impulsiva, y ha abierto la puerta de un tirón.

Allí estaba otra vez, la niña del pelo rizado. La que nos miraba y nos advirtió que no nos acercáramos al sótano.



¿HABRÁ PASADO ALGO?

Resulta que la niña se llama Elena, Elena Pérez. Al menos eso nos ha dicho.

Cuando hemos abierto la puerta parecía muy nerviosa. Nos ha pedido que la dejáramos entrar en la habitación. Nosotros le hemos dicho que claro, que faltaría más. ¡No íbamos a dejarla fuera! Ni siquiera cuando nos ha pillado preparando el plan para contactar con nuestros padres. Ni siquiera cuando, solo unas horas antes, Hugo se había quedado embobado mirándola.

Yo: Y... ¿Y a qué has venido, Elena?

He empezado a hablar un poco tensa. Ella se me ha quedado mirando y de repente ha sacudido la cabeza, como si le diera vergüenza hablar...



Elena: Yo... en realidad venía a decir que me ha parecido muy valiente lo que has hecho. Gritarles al director y a los profesores... Tienes razón, es injusto que lean nuestras cartas. Si pudiera, yo también les escribiría a mis padres para que me sacaran de aquí.

Nico: ¿Tú también te metiste en un lío y por eso te mandaron al internado? ¿Qué hiciste?

Ha preguntado Nico de sopetón. Nico a veces hace preguntas así de directas, y a nosotros nos da igual porque ya le conocemos, pero Elena ha bajado la cabeza y ha comenzado a ponerse roja.

Elena: No... vimos la información sobre el internado. Yo estudio

piano, ¿sabéis? Y en el folleto ponía que esta escuela estaba especializada en música, y les pedí a mis padres que me mandaran aquí...

Hugo la ha interrumpido:

Hugo: ¿Estudias piano? Me gustaría aprender, pero ya hago tantas extraescolares que no tengo tiempo.

Elena ha dicho que sí con la cabeza, pero al mismo tiempo se le ha puesto una cara tristísima.

Elena: Bueno, estudiaba... en cuanto llegué me quitaron el teléfono, y no he podido tocar el piano ni estudiar música desde entonces. Al principio pregunté a los demás niños que están aquí desde hace tiempo en el internado si todo esto era normal, pero me dijeron que no podían hablarme de cómo había sido el internado antes, que si lo hacían pasaría una cosa terrible, pero... pero al ver que Martina se enfrentaba al director y a los profesores he pensado que... he pensado que...

Pobre Elena, justo en ese momento se ha echado a llorar. ¡No me extraña! Nosotros cinco al menos nos teníamos los unos a los otros para animarnos, pero, por lo que ella contaba, ¡llevaba meses en el internado! ¡Sola! ¡Sin amigos! Por un segundo, nos hemos quedado mirándola porque no sabíamos qué hacer por ella.

Entonces Hugo... Hugo se ha acercado a Elena con cara superpreocupada, le ha pasado un brazo alrededor de los hombros y la ha abrazado muy fuerte, pidiéndole que no llorara más.

¡Qué bueno es Hugo! Es decir, no me fastidiaba NI NADA que hubiera abrazado a Elena. Es lo que hay que hacer cuando alguien llora, ¿no? Dar un abrazo...

Por fin se ha calmado un poco. Incluso hemos logrado hacer que sonriera tímidamente cuando Nico, que a veces dice lo primero que se le pasa por la cabeza pero también es muy divertido, se ha puesto a hacer muecas para animarla. Entonces yo he dicho:

Yo: ¿Sabes qué, Elena? Es un secreto, pero estábamos planeando

una manera de recuperar nuestros móviles del despacho del director para poder avisar a nuestros padres.

Al escucharme, se le han puesto los ojos como platos.

Elena: ¿De verdad vais a hacer eso?

Nosotros hemos asentido poco a poco. Hugo, al final, ha dicho, pasándole de nuevo un brazo alrededor de los hombros (le ha pasado el brazo alrededor de los hombros en plan amigos. Totalmente AMIGOS).

Hugo: Bueno, por lo menos lo intentaremos...



OBJETIVO: RECUPERAR NUESTROS MÓ-
VILES PARA PODER MARCHARNOS DE
AQUÍ CUANTO ANTES



PLAN. Es un plan supersencillo. En realidad, mejor, porque los planes sencillos es difícil que salgan mal. Consiste en lo siguiente:

Primero. Salir de la habitación sin que nos vean.

Segundo. Ir al pasillo donde está el despacho del director.

Tercero. Asegurarse de que no hay NADIE.

Cuarto. Entrar, localizar nuestros teléfonos y marcharnos de vuelta a nuestras habitaciones.

Cinco. ¡Llamar a nuestros padres para que nos saquen de este internado cuanto antes!

Vale. ¿La primera parte del plan? Esa ha ido bien. Perfecta. Hemos esperado a que se hiciera de noche. Pasadas las doce, cuando ya no se escuchaba el ruido de nuestros compañeros en el pasillo, hemos salido. Elena también ha venido con nosotros. De hecho, cuando ya salíamos todos de la habitación ella se ha quedado quieta. ¿Verdad que es una sensación horrible? Esa de sentir que los demás hacen planes sin ti. Suerte que Hugo (obviamente, tenía que ser él), rápidamente, le ha dicho que viniera con nosotros, que seguro que nos podía ayudar. Si no fuera porque estamos en una SUPERMISIÓN, este tema empezaría a MOSQUEARME. Como no queríamos llamar la atención, nos movíamos a oscuras, aunque Nico llevaba su linterna por si acaso. Por suerte

(¡para algo nos tenía que servir tantos días de limpieza!), comenzábamos a conocernos bien el **Castillo**, así que solo nos hemos perdido un par de veces antes de llegar al despacho del director.

Pero al llegar, nos hemos dado cuenta de que había luz dentro. ¡Eso debía de significar que el director estaba allí!

No pasa nada. Ya teníamos pensado un plan alternativo por si sucedía esto. Bueno, más o menos. El despacho del director estaba al final de uno de los pasillos de la primera planta, y los cinco nos hemos detenido justo en la esquina antes de llegar, escondidos.

Nico: Ahora es cuando nos separamos, ¿no?

Ese era el plan alternativo. Separarnos. La idea era que unos cuantos distraeríamos al director, mientras que los demás nos colaríamos en su despacho.

Lucía: ¿Y cómo lo hacemos?

Yo: Vale, a ver. Lucía, Sofía y Nico, vais a distraer al director. Y cuando haya salido de su despacho, Hugo y yo...

Es que quería ir con Hugo a solas, y ya que me habían preguntado... Pero entonces Sofía ha dicho:

Sofía: ¿Por qué tenéis que ir juntos Hugo y tú?

Por un segundo no he sabido qué responderle. ¿Y si, como me temía, sigue tan enamorada de Hugo como yo? No querría empezar una pelea ahora... Por suerte, Hugo ha contestado:

Hugo: Tú, Lucía y Nico deberíais ser quienes distraigan al director porque sois los que corréis más rápido, Sofía...

Yo he mirado a Sofía aguantando la respiración, esperaba que ella volviera a poner problemas, pero por suerte no lo ha hecho. Solo ha suspirado muy muy flojito y ha exclamado:

Sofía: ¡Vale!

Uf, qué descanso...

Elena: ¿Y yo?

¡Ay! ¡Me había olvidado de ella otra vez! Como siempre somos nosotros cinco... Me he vuelto hacia ella, pero antes de que pudiera decir nada, Hugo ha susurrado:

Hugo: ¡Tú vienes con nosotros!

Yo he abierto la boca para protestar. Es decir, POR SUPUESTO que no estaba celosa de Elena, ni mucho menos. Para estar celosa, ¡a Hugo tenía que gustarle Elena! y estaba CASI segura de que no le gustaba, pero... pero no me ha dado tiempo a decir nada.

Nico: Mira qué listo, va con las dos a ver cuál le gusta m...

Yo: ¿Qué dices, Nico?

Nico: Nada, que si ya estáis listos, vamos comenzando, que el plan me gusta.

Lo ha dicho estirando los brazos hacia atrás como si se desperezara.

Yo estaba segura, segurísima, de que había dicho otra cosa, pero, bueno... no teníamos tiempo que perder. Sofía, Lucía y Nico han comenzado a avanzar por el pasillo. Yo estaba atenta a lo que hacían, porque en cuanto hicieran salir al director de su despacho, Hugo y yo teníamos que colarnos dentro. Bueno, Hugo, Elena y yo. De veras, sé que no debería haber pensado en eso, porque me daba un poco de pena ponerme así, pero aunque Elena me cayera bien me hubiera gustado estar a solas con Hugo, porque era algo que no había ocurrido en DÍAS...

Me he imaginado que no pasaba nada si lo miraba un poco. He recordado cómo hace unos días me cogió de la mano, cómo me ayudó a llevar mi maleta al internado... y otras cosas, cosas como que Nico me dijo, hace tiempo, que Hugo estaba enamorado de mí...

Solo de pensarlo, he notado que las mejillas se me ponían rojas, el corazón me ha dado un triple salto mortal en el pecho. Y entonces... entonces... Hugo ha comenzado a inclinarse hacia mí...



¿POR QUÉ SE ESTABA INCLINANDO HACIA MÍ?

En las películas, cuando un chico se inclina hacia una chica es que quiere bes...

Hugo: Martina, ¿estás bien?

¿QUÉ?

Yo: Eh...

Hugo seguía muy cerca de mí, y eso me ponía tan nerviosa que no me salían las palabras.

Hugo: Nada, es que de repente te has quedado mirándome y... y

creo que deberíamos estar atentos. Los demás ya casi han llegado al despacho.

Entonces me he dado cuenta de dos cosas: de que Hugo tenía razón, porque las siluetas de nuestros amigos ya estaban casi al lado del despacho, y de que seguramente Hugo se ha inclinado hacia mí para poder hablarme en voz baja... ¡Vaya chasco! En vez de calor en las mejillas, ahora me sentía como si me hubieran echado un barreño de agua helada encima.

Por suerte, no me ha dado mucho tiempo a morirme de la vergüenza, porque en ese momento hemos escuchado un par de golpecitos, los golpecitos de una mano sobre la madera de una puerta. Era Nico, o al menos me ha parecido que la silueta que estaba junto a la puerta del despacho del director era de él.

Casi al mismo tiempo, hemos escuchado pasos. De repente, las siluetas de nuestros amigos se han escapado pasillo abajo, para esconderse. Cuando el director ha sacado la cabeza por la puerta y ha mirado al pasillo, allí ya no había nadie. Al cabo de un segundo, se ha vuelto a meter dentro del despacho.

Un minuto después, Hugo y yo hemos visto cómo los demás regresaban junto al despacho del director. Nico ha dado tres golpecitos más antes de escaparse otra vez en silencio.

Y el director ha vuelto a sacar la cabeza, ha vuelto a mirar, pero esta vez con cara de enfadado.

Yo estaba cada vez más nerviosa. ¿Y si no funcionaba?

Por tercera vez, cuando el director se ha metido en su despacho, Nico, Sofía y Lucía se han acercado a la puerta. Esta vez Nico no ha dado unos golpecitos flojos, sino que ha **APORREADO LA PUERTA TAN FUERTE QUE EL GOLPE HA RESONADO POR TODO EL PASILLO.**

Yo me he acercado más a Hugo y he susurrado:

Yo: ¿Crees que funcionará?

Nada más golpear la puerta, Nico, Sofía y Lucía han echado a correr pasillo abajo. Esta vez lo han hecho pisando muy fuerte para hacer ruido y, además, cuchicheando entre ellos. Y entonces... pues SÍ, HA FUNCIONADO. ¡El director, hecho una furia, ha salido al pasillo (ha dicho una palabrota SUPERFEA que no voy a escribir aquí) y ha comenzado a perseguirles!

Hugo y yo hemos esperado dos, cinco, diez segundos mientras el hombre se iba alejando más y más. Y entonces...

Yo: ¡Ahora!

Hemos comenzado a movernos Hugo y yo hombro con hombro, medio agachados.

Hugo: Espera, espera... ¿Y Elena?

Nos hemos dado la vuelta. ¡Elena seguía en el mismo sitio, al final del pasillo! ¡No teníamos tiempo que perder!

Pero Elena, aunque fuera desde hacía pocas horas, era nuestra amiga ya, y a los amigos no se los abandona, así que hemos regresado a por ella.

Yo: ¿Qué te ocurre?

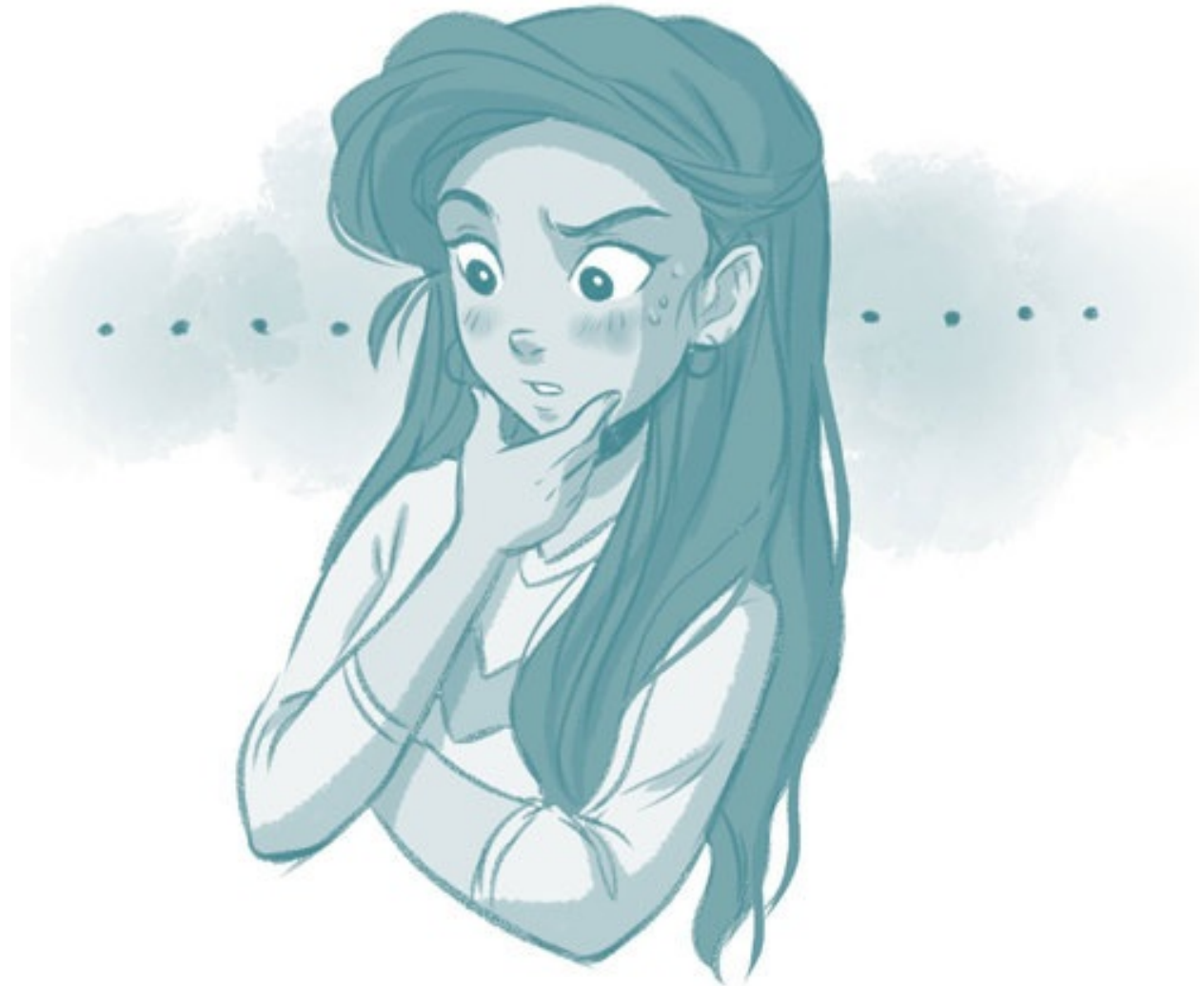
Elena: Es que está muy oscuro y... ¿y si regresa el director?

Hugo: No pasa nada. Mira. Cógeme la mano, yo iré contigo todo el rato, ¿de acuerdo?



Parece que, con las palabras de Hugo, Elena se ha quedado más tranquila y se

ha agarrado fuerte a él. De la mano. Que no es que esté celosa, ni mucho menos, de que Elena cogiera de la mano a Hugo, vaya tontería. Aunque claro, yo pensaba que aquel día cuando salimos a explorar Hugo me había cogido de la mano porque yo le gustaba. ¿Y si resultaba que era solo porque pensaba que yo estaba asustada? ¡Ayyy! ¡No podía pensar en eso ahora! Teníamos una misión importante... «Céntrate, Martina, céntrate...»



Por fin nos hemos detenido frente a la puerta del despacho... ¡por suerte el director se la había dejado abierta! Yo me he dado la vuelta hacia el pasillo, quería asegurarme de que él ya estaba lejos (sería TERRIBLE si al final nos pillaba allí dentro), pero allí ya no se veía nada. Con suerte, el director estaría persiguiendo a Hugo, Sofía y Lucía por el **castillo** durante un buen rato, así que por fin hemos entrado.

El despacho del director estaba exactamente igual que el día que llegamos:

había una estantería al fondo llena de libros, un escritorio en el centro de la habitación cubierto de papeles y el suelo y las ventanas estaban sucios.

Nos hemos puesto manos a la obra. Hugo y Elena han mirado en la estantería que había al fondo del despacho y yo, en unos archivadores que había en un lateral. Era más difícil de lo que parecía, porque teníamos que hacerlo rápido y, a la vez, con cuidado de no hacer ruido **Y CON CUIDADO TAMBIÉN DE NO CAMBIAR NADA DE SITIO**. He abierto los archivadores, que eran como unas cajoneras muy grandes de metal, pero allí solo había papeles y más papeles, nada de móviles.

Yo: ¿Habéis encontrado algo?

He preguntado casi casi sin hablar más alto que en un susurro, pero no me ha respondido nadie. ¿Quizá Hugo y Elena habían encontrado algo y estaban muy ocupados? Me he dado la vuelta hacia ellos y... ¡Anda! Pues que no estaban buscando, que los he pillado cuchicheando y riéndose.

Yo: ¡Eh!

Es difícil decir «¡Eh!» flojísimo y que al mismo tiempo parezca una exclamación, pero... ¡ha funcionado! Elena y Hugo se han vuelto hacia mí, con expresión avergonzada. ¡Y claro que debían avergonzarse! ¡A quién se le ocurre estar perdiendo el tiempo cuando solo teníamos unos minutos antes de que regresara el director!

Elena: Lo siento, es que Hugo me estaba contando una cosa que...

En ese momento me ha parecido escuchar algo, como un crujido en la habitación. Me he dado la vuelta a toda velocidad con un escalofrío recorriéndome la espalda. Esperaba que de repente el director apareciera en la puerta, pero no. Habían sido imaginaciones mías o, quizá, el crujido era normal con unos muebles tan viejos: las estanterías, los archivadores e incluso el escritorio parecían estar a punto de desmoronarse de puro viejos...

«A ver. Piensa, Martina, piensa. ¿Dónde guardarías tú los móviles confiscados?»

Otro crujido. Esta vez no me he asustado, porque me he dado cuenta de que provenía del escritorio. Solo había sido un crujido de madera vieja, nada más. Aun así, me he quedado mirándolo fijamente. Era de esos grandes, con un espacio para sentarse y, a los lados, cajones.

Cajones.

¿Y si el director había guardado los teléfonos allí?

Me he acercado, cada vez más nerviosa. Habíamos registrado el despacho entero, solo quedaba por comprobar los cajones del escritorio. Entonces, con cuidado, he tirado del pomo del primer cajón.

Pero no se ha abierto. Estaba cerrado con llave.

El segundo cajón, debajo del primero... TAMBIÉN.

La buena noticia era que, si estaban cerrados, **SEGURAMENTE ESO SIGNIFICABA QUE ALLÍ DENTRO HABÍA ALGO IMPORTANTE. COMO LOS TELÉFONOS MÓVILES DE LOS ESTUDIANTES.**

La mala, claro, era **QUE ESTABAN CERRADOS.**

Yo: Hugo, Elena... Creo que deben estar aquí, pero no puedo abrir los cajones, están cerrados con llave.

Lo he dicho muy bajito, pero por lo menos ya no estaban perdiendo el tiempo, sino que estaban atentos y, al cabo de un segundo, ya se encontraban a mi lado.

Elena: El director siempre lleva una colgada del cuello. ¿Quizá es para los cajones?

Hugo: No... esa que lleva el director es demasiado grande. Para abrir esto debería ser una llave más pequeña. Quizá la tenga por aquí encima.

Hugo ha señalado al escritorio. Estaba lleno hasta arriba de papeles, y hemos comenzado a buscar con cuidado de no moverlos mucho.

Yo: Chicos, mirad...

Es que, claro, buscando las llaves no he podido evitar fijarme en los papeles de encima del escritorio. Había dibujos de un edificio. Parecían... planos. ¡Planos del **castillo!** En los planos, algunas de las habitaciones y parte de los jardines estaban marcados con cruces hechas con boli rojo. Y fotografías antiguas, incluso estaba el mismo folleto informativo que habíamos encontrado en la caja por la tarde, aunque en ese, alguien había marcado con tinta roja el último

párrafo, ese que explicaba cómo los antiguos dueños del **castillo** lo habían convertido en un internado.

Hugo: ¿Para qué querrá el director del internado todo eso?

Elena ha fruncido el ceño y ha dicho:

Elena: Pues esas cruces en los planos... Estoy casi casi segura de que las cruces están en habitaciones que ya hemos limpiado y vaciado estos meses. Pero ¿qué puede significar?



Yo: No lo sé... pero ahora no tenemos tiempo de pensar en eso, tenemos que encontrar la llav...

Pasos. Pasos acercándose.

No nos ha hecho falta más que una mirada para saber quién se estaba

acercando: ¡EL DIRECTOR!

Tal vez se había cansado de perseguir a Sofía, Nico y Lucía, y regresaba a su despacho... Pero ¡nosotros seguíamos dentro!



¿QUÉ VAMOS A HACER?

Escapar. Es decir, ¿qué más podíamos hacer? ¿Quedarnos en el despacho? ¿Saludar al director cuando entrara y ver si mi sonrisa de niña buena nos sacaba de esta?

No lo hemos pensado mucho. Hemos salido del despacho todo lo rápido que hemos podido.

Y otra vez, y casi me da un vahído allí mismo, he notado cómo la mano de Hugo se agarraba a la mía. Entonces he oído su voz.

Hugo: Creo que es por aquí... Corre, Martina.

La mala noticia es que luego le ha cogido la mano a Elena.

Hugo: Corre, Elena.

«¡NO TE PONGAS CELOSA, MARTINA, QUE ESTÁIS EN PELIGRO! ¡MEJOR SAL YA DE AQUÍ!»

No habíamos dado ni dos pasos cuando hemos escuchado una voz. Una voz enfadadísima, la del director:

Director: ¡ALTO! ¡No os mováis!

Nos había pillado. Ya estaba. La cabeza me daba vueltas pensando en qué clase de castigos nos impondría. El director continuaba hablando:

Director: ¿Quiénes sois?

Un momento, un momento... ¿El director no sabía quiénes éramos? ¡Pues

claro! El pasillo estaba superoscuro. Nos había visto salir de su despacho, pero no nos había ¡RECONOCIDO! ¡Todavía podíamos salir de esta!

Hemos llegado al final del pasillo y hemos seguido huyendo sin parar a través de más pasillos, de salones, de escaleras... pero el director seguía detrás de nosotros, y yo ya comenzaba a estar cansada.

Yo: No se va a rendir... nos va a pillar...

Les he susurrado a Hugo y a Elena, entre jadeos. De tanto correr me estaba ahogando.

Hugo: No te rindas tú, Martina...

Entonces me ha dado un apretón en la mano. A pesar de la oscuridad he visto que me estaba sonriendo y he sentido como si me crecieran dos alas en la espalda.

Ha seguido animándome:

Hugo: Vamos, vamos.

Pero luego le ha cambiado la cara completamente:

Hugo: ¿Ohmadremíaestoquéés?

Pues era una luz. Estábamos corriendo por el pasillo a oscuras y un segundo después era como si se hubieran encendido todas las luces, que hubiera salido el sol de repente. Y en un segundo, esa luz se había concentrado hasta formar... una silueta. Parecía la silueta de una persona, pero brillaba tanto...



Sabíamos que lo más inteligente era seguir corriendo, pero nos hemos detenido. No teníamos NI IDEA de lo que estaba pasando.

Esa silueta se ha acercado volando a toda prisa hacia el director y ha chocado contra él. Y si antes había luz en el pasillo, entonces ha habido una **EXPLOSIÓN** de luz, **UN MONTÓN DE LUZ POR TODAS PARTES** durante unos segundos que se nos han hecho eternos.

Y acto seguido, oscuridad otra vez.

El director se ha caído desplomado al suelo. No se movía. A su lado, de pie, estaba esa figura que habíamos visto volar hacia él. Apenas brillaba ya, era solo un resplandor muy muy débil. Y resulta que esa figura era la figura de un NIÑO. El niño que habíamos visto en la fotografía antigua tocando el piano. Un niño fantasma. Se ha vuelto hacia nosotros. Parecía muy triste.



Niño fantasma: Marchaos de aquí...

Ni loca le discuto yo nada a un fantasma.



Sofía: ¿Segura de que era ese niño?

Cuando hemos llegado a la habitación de las chicas, los demás ya nos estaban esperando allí. Nos han contado que el director ha estado siguiéndolos un buen rato por los pasillos, pero que de improviso había dado media vuelta para regresar a su despacho, pero no habían podido avisarnos.

Yo: Sí... era el... fantasma de ese niño de la fotografía que encontramos en la caja, estoy segura.

Elena, que está superpálida desde que hemos llegado a la habitación, tanto que por fin he entendido esa expresión que se le dice a la gente que se queda pálida: «Parece que hayas visto un fantasma», ha preguntado:

Elena: ¿Qué? ¿Qué niño?

¡Claro! Elena no sabía nada de nuestra primera aventura en el **castillo**, cuando salimos a explorar. Se lo hemos contado aunque, la verdad, estábamos tan nerviosos por todo lo que acababa de ocurrir (¡habíamos visto un fantasma!, ¡lo habíamos visto de verdad!) que le estábamos hablando todos a la vez. Por suerte, parece que al final le ha quedado bastante claro lo que había ocurrido.

Elena: Entonces debe de ser él... A veces, por las noches, me parecía

escuchar un piano tocar... pensaba que serían imaginaciones mías, pero ya veo que no. ¿Por qué creéis que ha atacado al director?

En ese momento, Lucía se ha tapado la boca para ahogar un grito. Pobre, lo está pasando realmente mal con lo del fantasma... Entonces, muy serio, Hugo ha tomado la palabra de repente:

Hugo: O... bueno, ha atacado al director para defendernos a nosotros.

Los demás nos lo hemos quedado mirando. Quizá tenía razón. El director estaba a punto de atraparnos justo cuando ha llegado el... fantasma. Y gracias a él hemos podido escapar.

Yo: Pero ¿por qué nos ha ayudado?

Nico, que estaba tumbado sobre la cama de Sofía, se ha incorporado de golpe:
Nico: Exacto. ¿Por qué? Es decir, los fantasmas son malos, ¿no? Dan miedo. O al menos, la mayoría de las historias de fantasmas son así...

Lucía por fin ha dejado de temblar y de taparse con las manos para añadir:
Lucía: Sí, son terroríficos...

En cambio, Sofía ha sacudido la cabeza, superconvencida y ha dicho:
Sofía: Pero también las hay sobre fantasmas buenos. Vosotros, Hugo y Martina, ¿qué creéis que era? ¿Bueno o malo? ¿Era guapo?

Vaya una, preguntando si el fantasma era guapo. Como se nos enamoró de él como le ocurrió con Radne, el sireno que conocimos hace unos meses...

Yo: A mí, cuando lo hemos visto, solo me ha parecido que estaba muy triste y muy solo.

Las cosas se han ido poniendo cada vez más y más raras. Y para acabar de estropearlo, nuestro plan para contactar con nuestros padres para que nos sacaran del internado había fallado estrepitosamente.



Esa noche nos acostamos tardísimo pensando en qué podíamos hacer, cómo podíamos solucionar nuestros problemas.

Pista: No se nos ocurrió nada.

A la mañana siguiente, Elena nos estaba esperando en el pasillo cuando salimos de nuestra habitación, y vino con nosotros a desayunar al comedor (leche con galletas otra vez). Teníamos miedo de que el director nos reconociera, pero nos ignoró completamente, como el resto de los estudiantes del internado.



Nos hemos pasado todo el fin de semana pensando en cómo salir de esta. En

realidad, no teníamos mucho más que hacer porque, aunque el director no nos hubiera descubierto, seguíamos castigados a quedarnos en nuestras habitaciones por lo de las cartas.

Ha sido el fin de semana más aburrido de la historia.

Reconozco que casi, CASI, tenía ganas de que llegara el lunes, y eso que lunes significaba VOLVER A TRABAJAR LIMPIANDO O MOVIENDO CAJAS O LO QUE FUERA.

He dicho que «casi». En realidad, cuando por fin ha llegado el lunes y, al igual que toda la semana anterior, los profes (aunque cada vez estaba menos convencida de que fueran profes de verdad) nos han reunido en grupos, me he dado cuenta de que no había echado de menos el trabajo PARA NADA.

Esta vez nos ha tocado ir a los jardines. Allí había una parte del terreno que ya habíamos despejado la semana anterior, pero todavía quedaba una parte llena de plantas altísimas. Incluso había un grupito de árboles muy juntos que daban un poco de miedo. La profesora Gómez nos ha repartido una pala a cada uno y nos ha ordenado que comenzáramos a trabajar mientras ella se sentaba en un rincón a tomar el sol. ¡Qué morro!

Nos hemos puesto todos juntos, los cinco. No, los seis, porque Elena ha venido con nosotros. Durante el fin de semana ha estado tratando de ayudarnos con eso del plan, la verdad es que me parece muy simpática. Qué pena que nos hayamos conocido en este lugar terrible.

Al cabo de un rato de estar cavando y arrancando plantas ha dicho:

Elena: Una cosa... Me he acordado del plano del castillo que vimos en el despacho del director. Estoy casi segura de que yo tenía razón, las partes marcadas en rojo eran aquellas que ya habíamos limpiado.

Nico: ¿Sí? ¡Mirad! ¡Un gusano! ¡Puajjj!



Resulta que al mover un montón de tierra para arrancar las malas hierbas Nico ha desenterrado un gusano larguísimo y marrón que no paraba de retorcerse. ¡Qué asco!

Lucía: Eso no es un gusano, Nico. Es una lombriz.

Nico: ¿Y qué diferencia hay?

Como si quisiera darnos **MÁS ASCO TODAVÍA**, Nico ha usado la punta de su pala para levantar el gusano. O la lombriz. O lo que fuera. Lucía le ha contestado:

Lucía: Bueno... creo que las lombrices son un tipo de gusano. Y son más largos. Bueno, da igual, ¡NICO, NO ME LA ACERQUES, QUÉ ASCO!

Nico: Bueno, como sabes tanto de bichos así, pensé que querrías verla de cerca.

Nico se ha echado a reír, y vale, era asqueroso, pero realmente HACÍA MUCHOS DÍAS QUE NO LE ESCUCHÁBAMOS REÍR CON TANTA ENERGÍA y se nos ha contagiado a los demás.

Claro que, enseguida, la señora Gómez nos ha pegado un grito para mandarnos callar y para que nos pusiéramos a trabajar, pero creo que TODOS lo necesitábamos. ¡Reír siempre es importante, pero más en momentos como los que estábamos viviendo!

Nico: Vale, a trabajar, a trabajar. Voy a dejar la lombriz un poco más adelante, entre las plantas. Asquerosa o no, no quiero que le hagamos daño o la pisemos sin querer.

Entonces, con mucho cuidado y con la lombriz encima de la pala retorciéndose, se ha metido entre las plantas. Eran tan altas que ha desaparecido de nuestra vista de inmediato.

Yo: Vale, a ver, chicos, a ver. Sé que lo hemos intentado durante todo el fin de semana, pero no podemos rendirnos. Tenemos que descubrir qué está ocurriendo aquí y tenemos que encontrar la manera de contactar con nuestros padres. ¿Alguna idea? Vamos, pensad... ¿Qué es lo que sabemos hasta ahora?

Lo he dicho mientras clavaba la pala en el suelo para quitar unas cuantas hierbas más. Al paso que íbamos, con lo grandes que eran los jardines, no acabaríamos nunca... y eso que ni siquiera sabíamos POR QUÉ nos obligaban a quitar las plantas.

SABEMOS QUE:

* Elena llegó unos meses antes que nosotros. Sus padres pensaban que el internado era una escuela especial para las artes y por eso la enviaron aquí. Gracias a lo que nos ha contado y a las fotografías que encontramos en la sala

del piano, hemos llegado a la conclusión de que el internado ERA una escuela normal, pero que ha cambiado (a peor) desde hace poco.

* Los demás compañeros del internado, que ya estaban aquí desde los años anteriores, no quieren hablar de por qué ha habido ese cambio.

* En las fotografías que encontramos, ¡los profesores que aparecían no son los mismos que tenemos ahora!

* Hay un fantasma que no sabemos si es bueno o no. Y estamos casi convencidos de que es el fantasma del hijo de los antiguos propietarios del castillo.

* Sabemos (o al menos sospechamos) que los profesores (si de verdad son profesores) están buscando algo en el **Castillo** y que nos usan a nosotros para hacer el trabajo sucio.

Vale, hasta aquí la lista que hemos ido diciendo entre todos, y todo eso sin dejar de trabajar (que es un mérito, ¿eh??).

Yo: ¿Hay algo que nos falte?

Sofía: Bueno...

Yo: ¿El qué?

Sofía entonces ha apoyado la pala en el suelo y ha mirado en dirección a los árboles.

Sofía: Pues... de la lista no sé, pero falta Nico. Hace un montón de rato que se ha metido entre las plantas para dejar el gusano...

Lucía: Que es una lombriz...

Lucía la ha corregido fastidiada, aunque a los demás ya no nos importaba mucho eso, porque era verdad, Nico se había marchado hacía un buen rato y no era normal que tardara tanto.

¿Y qué hacen los amigos en estos casos? Pues ir a buscarlo, claro. ¡Que la señora Gómez nos gritara si le daba la gana! Nosotros, ayudándonos de las palas para abrirnos camino, nos hemos metido entre las malas hierbas también.

Costaba mucho avanzar, pues las plantas nos llegaban hasta la cabeza y había tantas raíces y hojas que a cada dos pasos estábamos a punto de tropezar. Pero ha valido la pena, porque cuando hemos llegado al grupo de árboles que había un poco más adelante... ¡allí estaba Nico!

Estaba arrodillado en el suelo. Quitando con las manos un montón de hojas secas de encima de unas piedras. Solo que no eran piedras: al acercarnos, nos hemos dado cuenta de que eran tumbas.





¿En serio? ¿Podíamos encontrar algo que diera **MÁS MAL ROLLO TODAVÍA?**

Entre todos no hemos tardado nada en limpiar un poco el claro entre los árboles donde estaban las tumbas. Eran tres: dos con lápidas grandes, a lado y lado de una tercera con una lápida más pequeña. Cada una de ellas tenía un nombre grabado y una fecha:

Augusto de Valera 1871-1934

Ana María de Valera 1877-1935

Miguel de Valera 1902-1914

Después de dejar las tumbas a la vista, los seis nos hemos quedado de pie, enfrente de las lápidas. ¿A quién podían pertenecer?

Yo: ¡CLARO! ¡EL PANFLETO!

Al acordarme, he dado un salto y todo, aunque luego me ha sabido mal porque, en serio, eso de saltar sobre tumbas de gente no es muy divertido que digamos. Pero estaba segura de que tres tumbas... dos más grandes, de un hombre y una mujer, y en medio la de un niño... Debían de pertenecer a los últimos condes que fueron propietarios del **castillo** y al hijo que murió.

Lucía: Son... son... la tumba del fantasma, ¿verdad? Y la de sus padres.

Lucía temblaba. Estaba a punto de desmayarse, estaba asustadísima, pero yo no. A mí solo me daban mucha mucha pena. Tenía que hacerle una pregunta a Nico, pues me parecía casi imposible...

Yo: Sí... ¿Cómo las has encontrado entre toda esta vegetación, Nico?

Él se ha encogido de hombros y me ha respondido:

Nico: No sé. He dejado a la pobre lombriz por ahí y, entonces, me ha parecido escuchar un ruido, como un crujido o un susurro... y he decidido ir a investigar.

Yo: ¿Un crujido?

No sé por qué, cuando Nico ha mencionado ese crujido que le ha guiado hacia las tumbas, se me han puesto los pelos de punta.

Bueno, sí sé por qué. Porque yo también había escuchado crujidos raros durante los días que hemos pasado en el internado: cuando nos refugiamos en la sala del piano mientras limpiábamos y se cayó la caja con las fotografías, por ejemplo. Cuando nos colamos en el despacho del director fue también un ruido así el que me hizo mirar en el escritorio. Yo pensaba que era normal, porque el **castillo** estaba muy viejo, pero... pero comenzaba a pensar que no era TAN normal.

He abierto la boca, estaba punto de contarles mis sospechas a los demás cuando Sofía se ha dado la vuelta:

Sofía: ¡Viene alguien!

Las plantas que estaban detrás de nosotros se estaban moviendo, cada vez más cerca. Al final, hemos visto una cabeza llena de pelo rizado que se asomaba.



Señora Gómez: ¡AQUÍ ESTÁIS, MALDITOS MOCOSOS! Os había dicho que no quería perderos de vista, ¿eh? ¿Es que no sabéis comportaros?

¡Mocosos! ¡Nos ha llamado «mocosos»! La señora Gómez tenía un montón de ramitas y hojas metidas en el pelo, la ropa arrugada y la cara muy roja. Estaba como loca y se ha abalanzado hacia nosotros. Yo he podido apartarme a tiempo, pero Elena no y Lucía tampoco. La señora Gómez las ha agarrado sujetándolas por el cuello del jersey, una con cada mano. Sin embargo, las ha soltado al cabo de un segundo. Se ha quedado muy quieta, mirando las tumbas.

Señora Gómez: Las habéis encontrado... Por fin... por fin ese

estúpido mocoso tendrá que decírnoslo...

¿De qué mocoso estaba hablando ahora? Me ha dado la impresión de que, esta vez, no se refería a nosotros...

Señora Gómez: Fuera. No quiero veros por aquí, no quiero que os acerquéis a las tumbas, ¿entendido?

Entonces ha comenzado a darnos EMPUJONES. A mí, a Elena, a Sofía. Nico la ha esquivado y, como es Nico y a veces hace esas cosas, le ha sacado la lengua para burlarse de ella, pero la señora Gómez ni se ha inmutado. Ha seguido chillando y empujándonos hasta que hemos salido del bosquecillo de malas hierbas.



Algo me dice que, con las tumbas, hemos encontrado algo importante.

En realidad, seguimos en el **castillo**. La señora Gómez nos ha mandado ir al comedor y, al cabo de nada, han llegado también el director y el señor Martín con el resto de los estudiantes del internado. Entonces han dicho que nos sentáramos a las mesas, que estuviéramos callados.

He dicho antes que sospechaba que al encontrar las tumbas habíamos dado en el clavo en la resolución del misterio del internado, ¿verdad? Pues cuando el director, superserio, nos ha ordenado a todos que fuéramos a nuestras habitaciones y que no saliéramos (**ES DECIR, QUE NO SALIÉRAMOS A LOS JARDINES**) hasta nueva orden, me he convencido al cien por cien. ¿Y qué creéis? ¿Que le hemos obedecido? ¿Que nos hemos metido en nuestras habitaciones sin rechistar? Pues sí. Pero no pretendíamos quedarnos allí mucho rato. Mientras caminábamos en dirección a los dormitorios, les he hecho una seña a los demás para que se acercaran.

Yo: Chicos, si nos mandan encerrarnos en nuestras habitaciones, es que **NO QUIEREN** que veamos lo que van a hacer...

Hugo: Todo esto es muy sospechoso...

Sofía: **MÁS** sospechoso, querrás decir...

Yo: Tenemos que averiguar qué traman esos tres. ¿Estáis de acuerdo o no?

Los cinco, casi a la vez, han dicho que sí. No esperaba menos de mis amigos.

Nos hemos quedado en nuestras habitaciones exactamente dos horas (las dos horas más largas de mi vida, en serio) y pasado ese tiempo, Sofía, Lucía y yo hemos salido. Elena ya nos estaba esperando y los chicos también. Hemos salido de la torre donde estaban los dormitorios y hemos bajado a la planta principal del **castillo**. Se estaba haciendo de noche ya, así que entraba muy poca luz a través de las ventanas, pero ya nos conocíamos el camino casi de memoria. Nos hemos plantado delante de la puerta, esa puerta gigantesca de madera y metal que normalmente siempre quedaba abierta.

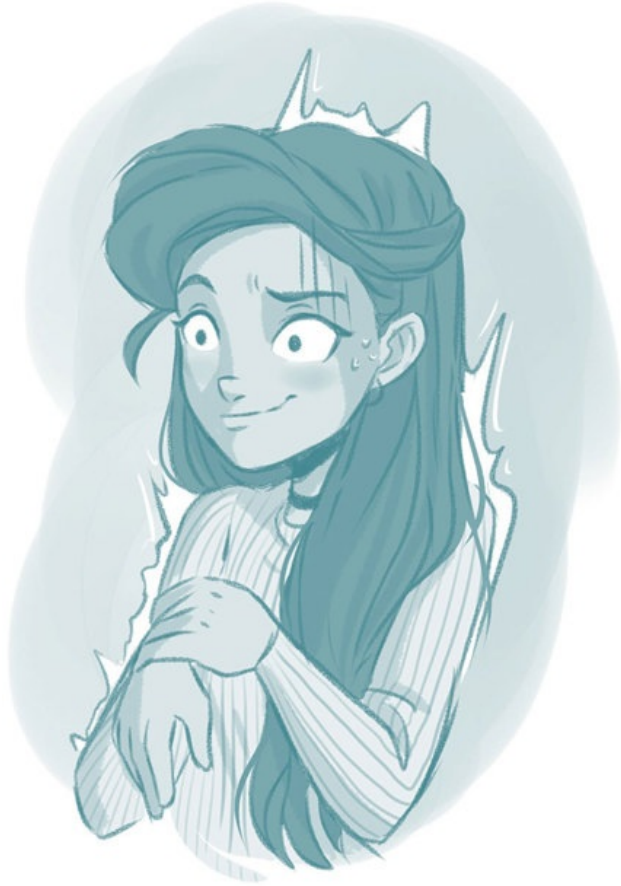
Exacto. NORMALMENTE.

Después de darle unos cuantos empujones que no han conseguido mover la puerta NI UN POCO, Sofía ha dicho:

Sofía: Está cerrada.

Elena: ¡Nos han encerrado dentro del...!

Un crujido. Se me han puesto todos los pelos de punta al escucharlo. Venía de nuestra derecha, a un lado del vestíbulo del **castillo**. En otro momento quizá no le hubiera hecho ningún caso. Me habría dicho que era normal escuchar crujidos en un **Castillo** tan viejo, pero...



Yo: Seguidme, chicos. Quizá si vamos por allí encontremos una salida.

Ni siquiera me he entretenido a contarles nada más. Ni cuando Hugo se ha acercado a mí y me ha preguntado:

Hugo: ¿Cómo estás tan segura, Martina?

Yo he seguido caminando. Cuando ya estábamos llegando al lugar del que provenía el crujido de antes, hemos escuchado otro, un poco más lejos.

Y allí estaba: uno de los enormes ventanales del pasillo, abierto. No podía ser casualidad. Alguien (o algo) lo había abierto para nosotros, para que pudiéramos salir. Me ha dado un escalofrío solo de pensarlo...

«NADA DE MIEDOS AHORA, MARTINA.»



Ha sido fácil encontrar otra vez la parte de los jardines donde estaban las tumbas, y eso que era casi de noche y las nubes tapaban la luz de las estrellas. Nada más salir del **castillo** por ese ventanal **MISTERIOSAMENTE** abierto, nos hemos dado cuenta de que había una luz en los jardines.

Hugo: Mirad, allí...

Las luces, además, se movían de una forma muy rara, para arriba, para abajo, hacia los lados...

Yo: Parecen... parecen...

Elena: ¡Tal vez sean más fantasmas! ¿No decíais que cuando el director estuvo a punto de pillaros había una lu...

Lucía ha comenzado a soltar un chillido, ¡suerte que Sofía le ha tapado la boca a tiempo! ¡Lo último que necesitábamos era llamar la atención!



Yo: ¡No chilles, Lucía! Creo... ¡Creo que son linternas! No se ve muy bien porque parecen estar donde estaban los árboles y las malas hierbas, pero ¡estoy segura de que son linternas! ¡Vamos!

Hemos llegado a la parte del jardín llena de plantas, justo donde se encontraba el cementerio a los pies del bosquecillo. Enseguida hemos sabido que estábamos en el lugar adecuado, porque hemos comenzado a escuchar voces. No eran voces de personas contentas. Más bien al revés, porque se estaban gritando.

Eso, en realidad, me ha parecido **GENIAL**. Primero porque prefería que el director, la señora Gómez y el señor Martín estuvieran enfadados entre ellos, y luego porque así, con sus gritos, era más fácil acercarnos sin que nos escucharan.

Con mucho cuidado hemos comenzado a avanzar por la maleza. Las plantas me arañaban las manos y la ropa, pero ya me daba igual. Quería averiguar qué estaba ocurriendo, saber qué hacían el director y los profes allí con las tumbas. Quería regresar a mi casa YA.

A medida que nos acercábamos, las voces se hacían más fuertes y la luz de las linternas, más clara. Yo me he echado un poco hacia delante, apartando con

mucho cuidado un montón de hierba altísima. Y al fin... ¡allí estaban! Mientras el director sostenía una linterna en cada mano, los otros dos, usando las mismas palas que nos daban a nosotros para limpiar el jardín, estaban abriendo un agujero en las tumbas.

Director: ¡VAMOS, VAMOS! ¡No perdáis el tiempo!

Les gritaba a los otros dos.

Señor Martín: Pues avanzaríamos más rápido si tú también cavaras, Iker.

El director (que ahora resulta que se llama Iker) ha puesto mala cara.

Director/Iker: Yo ya hago el trabajo de sostener las linternas. ¡Vamos! Cuanto antes hagáis el agujero, antes podremos atraer el fantasma y le obligaremos a decirnos dónde está el tesoro de su familia.

Un momento, un momento... me he quedado con la boca abierta. ¿Un tesoro? ¡CLARO!

Todo cuadraba: el director tenía un mapa del **castillo** en su despacho, nos habían obligado a limpiar y a vaciar habitaciones... ¡seguro que era eso lo que estaban buscando! ¡Un tesoro!

De repente me he dado la vuelta porque Nico CASI acababa de soltar un grito. Por suerte, el director y los otros dos estaban demasiado ocupados gritándose como para darse cuenta.

Nico: ¡Ya sééé! ¡Ya sé de qué me sonaba el director! Chicos, ¿os acordáis del vídeo que estaba viendo en el autobús cuando vinimos?



Aun hablando en voz superbaja, Nico se las ha arreglado para que pareciera que estaba gritando.

Todos nos acordábamos: se refería a ese vídeo que se suponía que hablaba del castillo y de un fantasma... ¡DEL FANTASMA!

Nico: Es él, el director... ¡él salía en el vídeo! ¡Por fin me acuerdo!
¡No es director ni es nada, es un cazador de fantasmas!

Ha sido entonces cuando he escuchado, primero, un crujido cerca de mi oído. Y luego, una voz como si viniera de lejísimos que me decía:

Voz SUPERTRISTE, ESCALOFRIANTE: Por favor... por favor... ayudadme...

No he gritado. No he echado a correr a toda velocidad, aunque, la verdad, ME HUBIERA ENCANTADO.

Fantasma: Ayudadme... ¡a salvar la escuela!

Vale, lo único que nosotros queríamos era marcharnos de allí, pero el fantasma (¡me estaba hablando un fantasma!) me pedía que salváramos el internado...

Yo: ¿Qué... qué podemos hacer?

He susurrado lo más flojito que he podido.

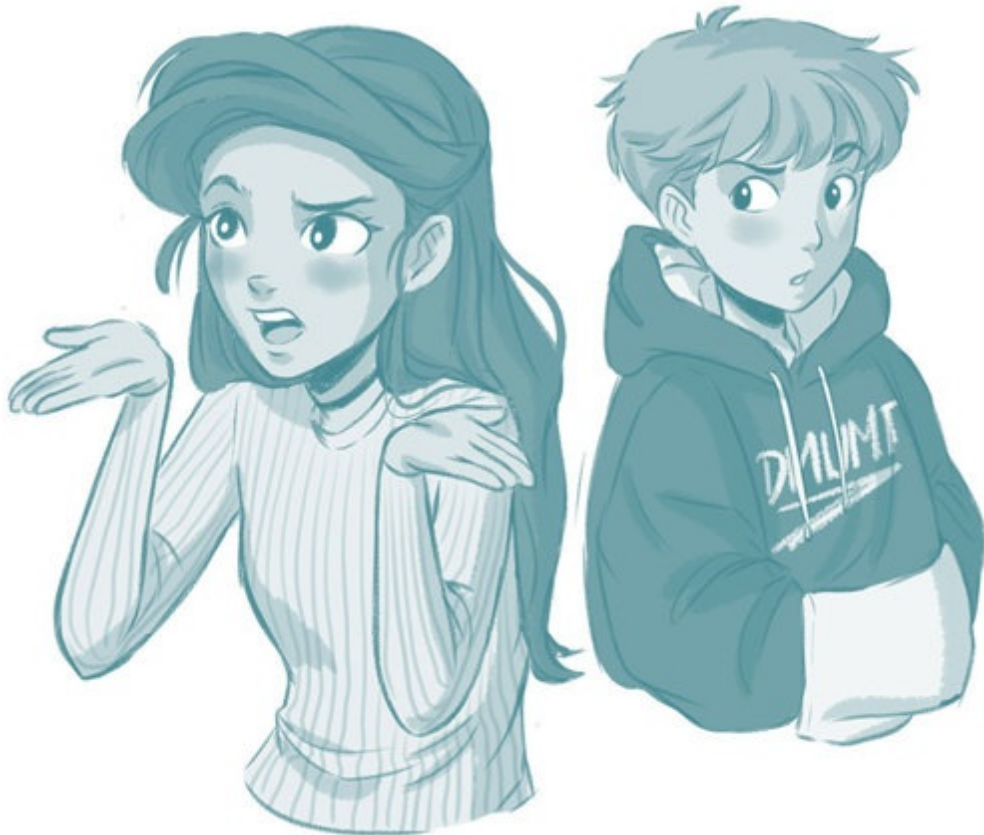
Fantasma: Detenedles...

Yo: Ya... pero... ¿cómo?

Y la voz ha dicho otra vez:

Fantasma: Detenedles...

VALE, PERO ¿CÓMO? ¡EN SERIO! quería preguntarle. Ya me estaba frustrando...



Hugo: ¿Con quién hablas, Martina?

¡Ay! ¡Había olvidado que los demás estaban conmigo! Les he hecho un gesto

para que se acercaran y les he contado lo que pasaba.

Sofía: Pero ¿está aquí?

Ha preguntado Sofía mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos.

Yo: No lo sé... solo he escuchado su voz... me pedía que los detuviéramos.

Nico: Pero ¿no te ha dicho cómo?

Comenzaba a desesperarme, en serio.

Yo: Ya os he dicho que no... no lo sé... ¿qué vamos a hacer?

Sofía: Pues...

Lucía: Pues...

Hugo: Pues...

Elena ha sido la última en hablar.

Elena: Pues... lo que podamos, ¿no?

Nos la hemos quedado mirando, pero entonces el director (que no era director de verdad) y los falsos profes se han puesto a gritar de contentos.

Señora Gómez: ¡Ya casi estamos, ya casi!

Director: ¡Fantasma! ¡¿Fantasma, nos escuchas?! ¡Más vale que aparezcas ahora mismo, o vamos a destruir tu tumba y desaparecerás para siempre!

¡Se nos estaba acabando
el tiempo!





ESE IBA A SER EL PLAN MENOS PLANEADO DE LA HISTORIA.

Nos hemos echado a correr hacia delante. Gritando. ¿Querían atraer el fantasma? ¡Pues íbamos a darles el fantasma más terrorífico de la historia! Hugo ha pegado un rugido TREMENDO (me ha asustado a mí y todo), Nico se ha puesto a chillar y a cacarear como un loco, Sofía ha soltado algo que parecía un grito de guerra de una tribu salvaje (seguro que lo había escuchado en una película) y Lucía sacudía las plantas a patadas. El director (¡que no, que no es director ni nada ese tipo!) y los demás se han quedado quietos y han comenzado a mirar a su alrededor.

Nosotros seis, todavía haciendo un ruido de MIL DEMONIOS, hemos llegado a donde estaban las tumbas. Incluso con las linternas de los malos (porque como no son profes ni nada a partir de ahora voy a llamarlos «los malos», y ya) apenas se veía nada, nosotros éramos solo un montón de siluetas oscuras gritando de forma escalofriante. Los malos se han quedado los tres juntos, espalda contra espalda, y han comenzado a gritar de miedo. Quizá se pensaban que éramos el fantasma, quizá lográbamos asustarlos lo bastante como para que se marcharan...

Todo parecía ir bien, pensaba que lograríamos echarlos, cuando una luz brillante me ha enfocado directa a los ojos. ¡Una linterna! Y sujetando la linterna estaba el director.

Director: ¡MIRAD! ¡NO HAY NADA QUE TEMER! ¡SON ESOS

MOCOSOS OTRA VEZ! ¡LOS NUEVOS! ¡YA SABÍA YO QUE NOS TRAERÍAN PROBLEMAS! ¡ATRAPADLOS!

El director ha tratado de agarrarme (¡ASQUEROSO!). Lo he apartado empujándolo con todas mis fuerzas. Él ha soltado un grito y, luego, la linterna (¡TOOOOOMA!). Se ha llevado la mano al cuello.

¿Sabéis esa llave tan rara que el director siempre llevaba colgada del cuello? Pues ahora estaba en el suelo. ¡Se le había caído al empujarlo yo!

Se ha puesto de cuatro patas para intentar recuperarla, pero...

Pero yo he sido más rápida (¡TOOOOOOOOMA! ¡Otra vez!).

No solo yo he echado a correr. Los demás han hecho lo mismo, cada uno en una dirección, entre la hierba y las plantas secas y enredadas que nos arañaban la cara y las manos al pasar.

No sé cuánto he tardado en salir a la parte despejada de los jardines, ni idea. La llave, esa llave que se le ha caído al director, me la he guardado en el bolsillo de los pantalones. Detrás de mí podía escuchar los gritos de los malos, que estaban persiguiéndonos.

De repente alguien ha salido de entre la maleza detrás de mí.

Yo: ¡Aaah!

No quería que se me escapara un grito, pero ¿y si era el director o cualquiera de los otros dos...?

Pero no, era... ¡HUGO!, que ha salido corriendo y, sin detenerse, me ha sujetado la mano para que fuera con él.



VALE, QUE HUGO ACABABA DE COGERME DE LA MANO OTRA VEZ, LA SEGUNDA EN UNA SEMANA. Y VALE TAMBIÉN QUE NO ERA EL MOMENTO MÁS ROMÁNTICO DE NUESTRAS VIDAS PORQUE ESTÁBAMOS HUYENDO DE LOS MALOS PERO... ¡QUÉ ALEGRÍA IGUALMENTE!

Hugo no me ha soltado mientras atravesábamos los jardines a toda velocidad.

Tampoco cuando me he tropezado con una piedra del camino y casi me caigo.

Ni cuando hemos llegado al mismo ventanal del **castillo** por el que habíamos salido (porque ¿adónde más podíamos ir si no era dentro del **castillo**?).

De hecho, Hugo no me ha soltado ni siquiera cuando ha aparecido una luz delante de nosotros. Y no era una luz de linterna esta vez. Era una luz con tonos azules, una luz que no salía de ninguna parte y que ha acabado convirtiéndose en la silueta de un niño: el fantasma.

No, Hugo no me ha soltado, sino que su mano se ha agarrado mucho más fuerte a la mía.

Detrás de nosotros, los gritos y los pasos parecían acercarse. El fantasma nos ha hecho una seña. Quería que lo siguiéramos. Hemos comenzado a caminar detrás de él. No necesitábamos ni luz ni nada, el pobre fantasma ya nos iluminaba el camino.

Y todo ese rato, Hugo y yo ahí corriendo, agarrados de la mano. No he podido

aguantarme más. Sabía que me estaba poniendo roja por momentos, me temblaban las piernas, pero no podía aguantarme más...

Yo: Oye, Hugo...

¡Si hasta me temblaba la voz! He vuelto a tirar de su mano, a ver si eso me daba fuerzas.

Hugo: ¡¿Qué ocurre, Martina?!

Hugo me ha mirado a mí y luego hacia atrás. Yo he hecho lo mismo. ¡Detrás de nosotros se veían tres puntitos de luz! ¡Linternas! ¡Los malos nos habían encontrado!



Yo: ¿Por qué me has cogido de la mano, Hugo?

Hugo: ¿Qué? ¿No tienes un momento mejor para preguntarme eso?

La verdad es que NO era el mejor momento, pero... ¡es que me moría por saberlo! ¡Quería resolver la duda ya, quería saber si Hugo sentía algo por mí, o solo lo hacía porque pensaba que estaba asustada o... yo qué sé...

Yo: Es que me das la mano ahora, pero el otro día también se la diste a Elena y... ¿Es porque te crees que estoy asustada?

Hugo: No... no creo que estés asustada.

Yo: Y cuando le diste la mano a Elena, ¿era porque creías que ELLA estaba asustada?

Hugo: Pues... ¡Pues no sé!

Yo: Pero ¿entonces..?

Ahí Hugo me ha cortado:

Hugo: Bueno... pues no sé por qué la cogí de la mano a ella, y tampoco por qué te la doy a ti, ¿vale? No lo sé. Porque me da la gana. Pero ¿podemos cambiar de tema? ¡Creo que si nos entretenemos hablando, nos van a pillar!

QUE ME DABA LA MANO PORQUE QUERÍA. ¡HUGO QUERÍA DARME LA MANO! PERO ¡TAMBIÉN QUERÍA DÁRSELA A ELENA! ¿QUÉ QUERÍA DECIR CON TODO ESO? Me han dado unas ganas locas de parar ahí en medio y pedirle que SE EXPLICARA MEJOR, pero como estábamos huyendo de los malos, pues no he hecho nada de eso. Solo he seguido corriendo hasta que el fantasma se ha detenido. Había estado tan ocupada pensando en HUGO y SU MANO que no me había dado cuenta de que el fantasma nos había guiado hasta aquella puerta donde teníamos prohibidísimo entrar: el sótano.

Y resulta que yo tenía la llave del director...

Fantasma: Salvad la escuela...

Ha dicho. Siempre me había parecido que el fantasma estaba triste, pero esta vez, sonrió. Y luego, ha desaparecido.

Los malos ya estaban a punto de llegar donde estábamos nosotros, pero no

llegaban solos, puesto que detrás de ellos corrían cuatro siluetas: ¡eran Sofía, Lucía, Nico y Elena!

Lucía: ¡Martina! ¡Abrid la puerta!

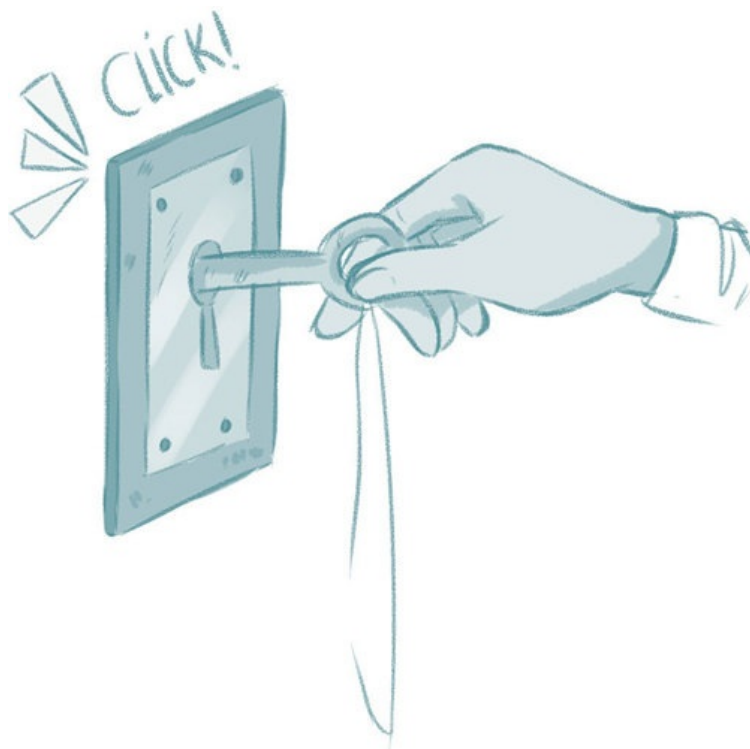
Nico: ¡Cuando se han enterado de que tenías la llave se han puesto como locos!



Pues solo podíamos hacer una cosa: ver si la llave abría la puerta. ¡Quizá por fin resolveríamos el misterio!

Han pasado unos cuantos días. En realidad han sido un par de semanas, y no hemos vuelto a nuestras casas... pero porque no queríamos.

Tal vez os estéis preguntando si al final logramos salvar el internado. Pues resulta que sí, y no es por chulear, pero ese día, cuando Hugo y yo abrimos la puerta del sótano del **castillo**, también salvamos a un montón de personas. Al abrir la puerta y bajar por unas escaleras de historia de terror, oscuras y empinadas, Hugo y yo nos encontramos con una especie de mazmorras (porque dado que estábamos en un **castillo**, ¡claro que había mazmorras!) y dentro de ellas, a través de una ventanita que había en las puertas, vi a unas **QUINCE PERSONAS QUE NOS MIRABAN ALUCINADAS**. Yo las reconocí de inmediato, pues salían en esas fotos que habíamos encontrado en la sala del piano: ¡eran los verdaderos profesores del internado!



Todo lo demás sucedió superrápido, como en una peli: justo mientras abríamos las puertas de las mazmorras llegaron los malos, que bajaban por las escaleras asustadísimos.

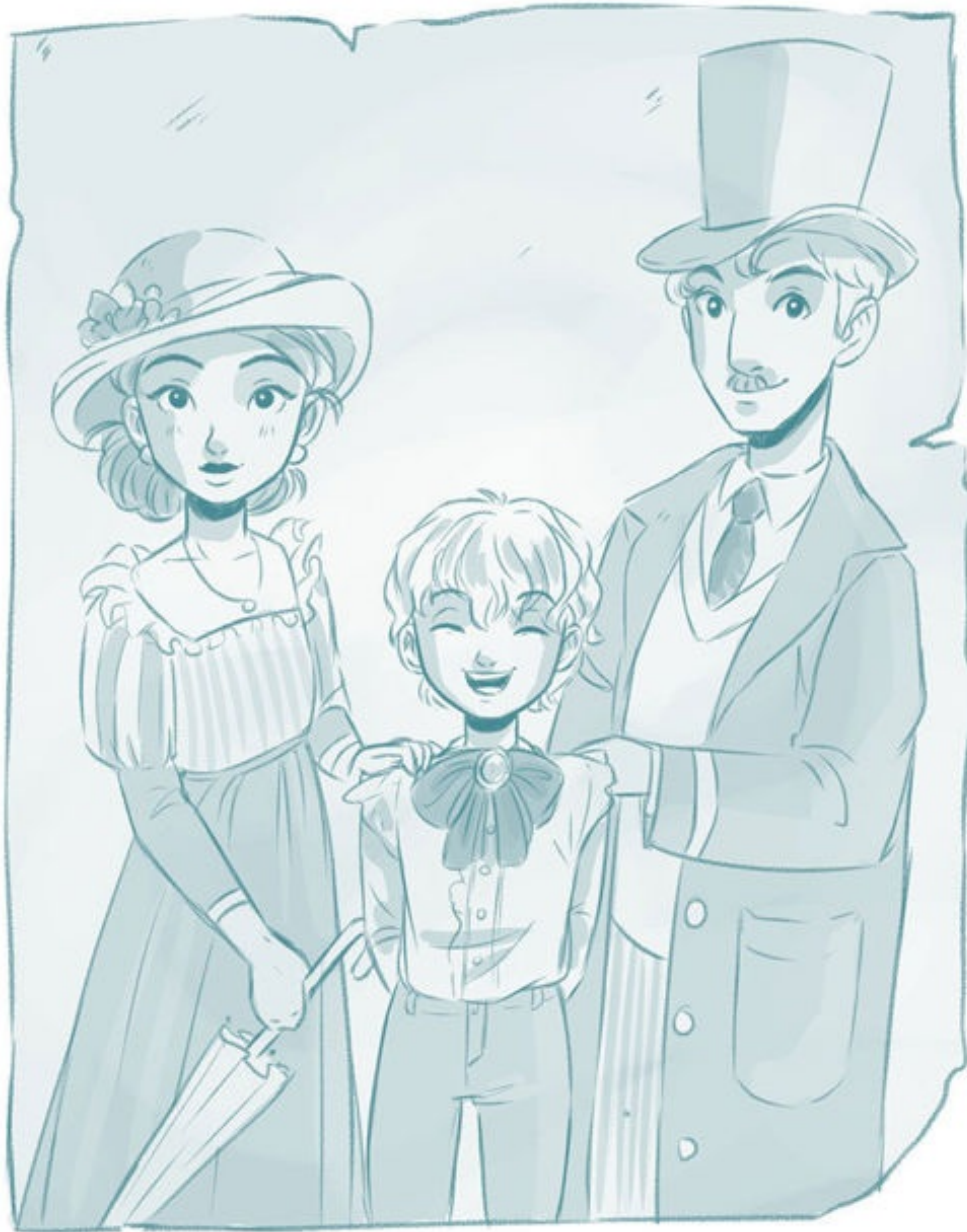
Pero claro: los malos solo eran tres, y nosotros, con los profesores ya libres, ¡éramos como veinte! ¿A que no adivináis adónde fueron a parar el director y sus secuaces? Pues, a empujones, entre todos los metimos **A ELLOS** dentro de las mazmorras.



¡ERA JUSTO LO QUE SE MERECIÁN!

El director, el VERDADERO director de la escuela, fue a su antiguo despacho a pedir ayuda. En menos de una hora el internado se llenó de policías y, por fin, POR FIN, supimos toda la historia:

LA HISTORIA DEL casti^o DE VALERA



Hace mucho, más de cien años, vivían en el **castillo** los condes de Valera y su hijo. Eran superfelices y Miguel (el hijo) se pasaba el día tocando el piano, porque de mayor quería ser pianista profesional. Sin embargo, sus sueños no pudieron hacerse realidad porque cayó enfermo y murió. En su memoria, sus padres decidieron montar una escuela de arte en el **castillo** y para que esta no desapareciera cuando finalmente ellos murieran también, escondieron un tesoro en un punto secreto del recinto. Así, los directores de la escuela podrían pagar año tras año a los profesores, y la comida, todo lo que fuera necesario para que el centro siguiera funcionando.

Durante años, la escuela fue un lugar genial. Los alumnos eran felices en ella, pues además de clase hacían un montón de actividades artísticas como música, danza, teatro... Y así fue hasta que, hace un año, llegaron tres personas al **castillo** (lo habéis adivinado: LOS MALOS). Venían a grabar un reportaje en el **castillo**, porque se rumoreaba que había fantasmas... (y, vale, tenían razón), pero se enteraron de lo del tesoro y decidieron **QUEDÁRSELO PARA ELLOS**, porque eran muy malos, en serio. Metieron a los profesores en las mazmorras y amenazaron a todos los alumnos con hacerles daño si se rebelaban o si le contaban a alguien lo que estaba ocurriendo. **¡ERA POR ESO POR LO QUE NO QUERÍAN HABLAR CON NOSOTROS!** Y por si fuera poco, les obligaron a buscar por todas partes el lugar donde podía estar el tesoro.

Pero cuando no pudieron encontrarlo, decidieron preguntárselo a la única persona que **SABÍA** dónde estaba: **¡EL FANTASMA!** (La parte del fantasma, claro, no se la contamos a la policía... ¡no nos habrían creído!).

Pero ¿cómo podían obligar al fantasma a que les ayudara? Pues encontrando su tumba. Si daban con su tumba y la destruían, el fantasma desaparecería. Pensaban hacerle chantaje... ¡pobre fantasma!

Entonces fue cuando nosotros desbaratamos sus planes. El resto de la historia ya la conocéis.

Ah, bueno... ¡no la conocéis entera!

Los malos acabaron en la cárcel y los verdaderos profesores volvieron a encargarse del internado. Y en vez de limpiar y mover cajas, comenzamos a dar clases **DE VERDAD**. Lengua, matemáticas (nunca en la vida pensé que echaría de menos las matemáticas), pero también... **ARTE**: música y danza y teatro. En cuestión de días la escuela estaba limpia, las aulas arregladas... Como los verdaderos profesores **SÍ** conocían dónde estaba el tesoro, pudieron comprar material nuevo para sustituir el que se había roto o estropeado durante todo el tiempo que los malos habían estado en el **castillo**...

Y se acabó el cenar pan con mantequilla y el desayunar leche sola con galletas.

¡Vaya sorpresa se llevaron nuestros padres el día que vinieron a buscarnos! Como se habían enterado de la historia, se sentían **FATAL** por habernos metido en el **castillo** de Valera y querían llevarnos a casa, pero nosotros les dijimos que preferíamos quedarnos en él el resto del curso. Con las clases y con la

música y, sobre todo, con todos los nuevos amigos que, desde que se arregló todo, habíamos podido hacer.

Aunque las cosas con Hugo no terminaron como yo quería... Después de la situación con Elena decidí distanciarme y OLVIDARME de él, porque aunque pensaba que podía sentir algo por mí (y más después de nuestra aventura en el paraíso), me di cuenta de que me había equivocado... ¡Así que ya era hora de cambiar el chip y pasar de él!

¿Y el tesoro? Quizá algunos os preguntáis por eso. Pues... lo siento, no se puede decir... ¡es un secreto!



¡No te pierdas esta nueva aventura de #LaDiversiónDeMartina!

Un horrible castillo, en medio de la montaña, rodeado de un bosque oscuro, ¡parece sacado de una peli de terror! Un momento... ¿por qué todo es tan raro en este sitio?

¿Esconde algún secreto? Sea como sea, ¡voy a descubrirlo!

¿Te apuntas? La diversión está ASEGURADA

Martina tiene 13 años, una imaginación desbordante y ¡un canal de Youtube de mucho éxito! «La diversión de Martina» es una serie de libros de ficción inspirada en ella y su mundo que encantará a sus seguidores.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Martina D'Antiochia

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Georgia Costa, por la colaboración editorial

© 2019, Laia López, por las ilustraciones

Penguin Random House Grupo Editorial / Judith Sendra, por el diseño de interior

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17671-20-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Misterio en el internado

¡Que alguien nos ayude!

Socorro. Que alguien nos ayude

¿Habrá pasado algo?

¿Qué vamos a hacer?

Sobre este libro

Créditos